

ROBERT BADEN-POWELL



Jóvenes caballeros del Imperio

Young Knights of the Empire

1916

EDICIÓN REVISADA

Jóvenes caballeros del Imperio

(Young Knights of the Empire)

ROBERT BADEN-POWELL

Jóvenes caballeros del Imperio. (Young Knights of the Empire)

© 1916 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1916

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Nota del traductor	11
Prólogo	13
La Ley Scout	15
1. Honor	17
2. Lealtad	19
3. Utilidad	31
4. Amistad	49
5. Cortesía	59
6. Bondad con los animales	65
7. Obediencia	79
8. Alegría	89
9. Economía	103
10. Limpieza	113

Nota sobre esta edición



JÓVENES CABALLEROS DEL IMPERIO. SU CÓDIGO Y OTROS CUENTOS ES la versión en español de *Young Knights of the Empire*, de Robert Baden-Powell, cuya primera edición apareció en 1916. La traducción, obra de Fernando Soto-Hay García, S.J., se hizo a partir de la segunda edición inglesa, de 1920, y recoge solo la parte del libro dedicada a la Ley Scout. La publicó por primera vez, en abril de 1999, la Dirección Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A.C. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido.



Portada original

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Nota del traductor



ESTE LIBRO ES UNA TRADUCCIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN DE *Young Knights of the Empire*, publicada en inglés en 1920 (*N. del T.: la primera edición es de 1916, en plena Guerra Mundial; si en 1920 ya había una segunda, puede deducirse el éxito que tuvo*). Tengo el libro en fotocopias gracias a la generosidad de mi amigo Bill Hillcourt.

La obra consta de varias partes: la primera es un comentario a la Ley Scout; la segunda habla de los viajes que hizo Baden-Powell; la siguiente trata del Escultismo Marino; la otra, de cómo llegar a ser un explorador, y la última, de la formación y del rastreo. Por desgracia, solo tengo la primera parte, que fue lo que me regaló Hillcourt. Ocupa apenas 86 de las más de 207 páginas del libro completo; espero poder conseguirlo y, más adelante, hacer una nueva edición íntegra.

Por todo lo dicho, está claro que nos encontramos ante un libro que podríamos llamar inspirador, y no ante uno de los que tratan del «Postgrado Scout». Creo que contar con un comentario a la Ley Scout hecho por el propio fundador del Escultismo es algo que merece la pena: el mismo Baden-Powell nos cuenta lo que pensaba de cada artículo de la Ley. Esto no quiere decir que otros comentarios no merezcan la pena.

Por otra parte, como ya hice notar, el título indica que se trata de cuentos o historias que narra una persona mayor con la intención de transmitir su propia experiencia (*N. del T.: con «cuentos» traduzco la palabra inglesa yarns**, pero hay que conservar la idea de que quien cuenta es un hombre mayor que habla de lo que ha vivido)*. A veces pienso en las charlas de un padre o de un abuelo a sus hijos o nietos después de la cena, sentados alrededor del fuego de la chimenea. Merece la pena leer estos comentarios en ese contexto.

Prólogo



A los muchachos adultos

(N. DEL T.: EN EL ORIGINAL, BOY-MEN*.)*
Al ofrecer esta colección de cuentos, no pretendo que sean más que una ilustración más amplia de lo que se expone de forma esquemática en *Escultismo para muchachos* (*Scouting for Boys*), con vistas a la autoeducación del carácter y a la buena ciudadanía.

Pero las ilustraciones, por sí solas, valen poco si las teorías y las ideas que transmiten no se llevan a la práctica real y habitual.

Y ahí es donde el muchacho necesita que tú lo animes.

La Ley Scout



QUIZÁ QUIERAS SABER QUÉ ES UN JOVEN CABALLERO DEL Imperio.

Bueno, tú ya sabes lo que es un caballero, o mejor dicho, lo que era en los viejos tiempos: un tipo gallardo, siempre dispuesto a defender a los débiles cuando alguien los atropellaba; era valiente, honorable y estaba preparado para arriesgar la vida cumpliendo con su deber, conforme al código o ley de la caballería.

Pues bien, hoy en día hay miles de muchachos por todo el Imperio británico que tienen esa misma idea y que se están formando para ser hombres de bien y dignos de confianza, preparados para ocupar el lugar de los que se han ido a luchar y han caído en el frente (*N. del T.: se refiere a los caídos en la Primera Guerra Mundial, 1914-1918; recuérdese que el libro se escribió en 1916*). Son los Boy Scouts. Su código es la Ley Scout, es decir, un conjunto de diez reglas que cumplen en su vida diaria (*N. del T.: Baden-Powell llama «ley» a lo que nosotros llamamos «artículos de la Ley»*).

Voy a explicarte esta Ley y a contarte otras historias de la vida de campamento y de aventuras, como las que debe buscar un scout.

1. Honor



Ley 1. El honor del scout es ser digno de confianza.

SI UN SCOUT DICE: «POR MI HONOR, ESTO ES ASÍ», QUIERE DECIR que es así, casi como si hubiera hecho un juramento solemne.

Del mismo modo, si un dirigente le dice a un scout: «Confío en tu honor para que hagas esto», el scout está obligado a cumplir la orden lo mejor que sepa y a no dejar que nada se interponga en lo que está haciendo.

Si un scout falta a su honor diciendo una mentira o no cumpliendo exactamente una orden que se había confiado a su honor, está obligado a entregar su insignia scout y a no volver a llevarla nunca. Está obligado a dejar de ser scout.

Las personas de un país civilizado, igual que los muchachos en la escuela, tienen la obligación de comportarse como es debido, y la ley puede castigarlos si no lo hacen. Para eso existe un código de leyes.

Pero hay otra clase de ley que la gente cumple casi tanto como la ley escrita, aunque nunca se haya escrito ni publicado.

Esa ley no escrita es el honor.

Pongamos que un muchacho salta la tapia de la escuela para irse fuera a fumar sin que lo vean: comete una falta contra el reglamento del colegio. Si al día siguiente el profesor pregunta en clase: «¿Quién ha infringido las normas?», el muchacho, según la ley, no está obligado a confesar que fue él; puede quedarse callado y librarse así del castigo. Pero si lo hace, demuestra que tiene poco espíritu y ningún sentido del honor. En cambio, si es un muchacho de honor, le dirá a su maestro con hombría y sinceridad lo que ha hecho y aceptará el castigo que le pongan. Así demostrará al maestro y a sus compañeros que es un hombre, que no le da miedo decir la verdad, pase lo que pase, porque pone su honor por encima de todo.

Por eso, lo primero que aprende un muchacho en su formación es que su honor es su ley privada y que lo guía su conciencia; y que, una vez que es scout, debe dejarse guiar por el sentido del honor en todo lo que hace.

2. Lealtad



Ley 2. El scout es leal a su Rey y a sus jefes, a sus padres, a su país, a sus superiores y a quienes están a sus órdenes. Tiene que serle leal en lo bueno y en lo malo, frente a cualquiera que sea su enemigo o que hable mal de ellos.

HABÍA EN EL EAST END DE LONDRES (N. DEL T.: BARRIO DE Londres) un dirigente scout que, cuando se declaró la guerra, pensó que su deber era dejar la espléndida labor que estaba haciendo con los muchachos pobres del barrio, y se alistó para servir a su país.

El dirigente Lukis, que así se llamaba, se sintió obligado por la lealtad a su Rey y a su patria: dejó la vida que llevaba y se enfrentó a los peligros del servicio militar activo.

Muchos scouts y antiguos scouts siguieron enseguida su ejemplo de lealtad. La lealtad que le tenían les hizo querer seguir a su dirigente adondequiera que el deber lo llevara. Así que todos se hicieron soldados y fueron juntos al frente.

Llegó un día en que la artillería bombardeaba con fuerza las trincheras. El peligro era grande y las bajas, muchas. Al final, un trozo de metralla alcanzó al capitán Lukis en una pierna y le destrozó el muslo. Dos de los

scouts del este de Londres acudieron a ayudarlo y lo tumbaron con mucho cuidado. Esperaron a que el tiroteo amainara y, por fin, aunque quedaban expuestos al fuego, lo cargaron y lo llevaron a un lugar seguro. Por el camino, uno de ellos resultó gravemente herido.

Pero aquellos muchachos tenían un gran espíritu. No pensaron en su propia seguridad y pusieron a salvo a su querido dirigente. Eso es lealtad.

Lealtad quiere decir fidelidad. Tu perro te es fiel y sigue a tu lado aunque le hayas pegado. Pasa por alto tus faltas y tu falta de cariño, y sigue siéndote leal.

La lealtad empieza en casa.

Algunos muchachos piensan que sus padres se equivocan o que no son amables con ellos. Si crees que tus padres tienen algunos defectos, no te fijas en ellos. Sé leal con tus padres y recuerda solo que gracias a ellos estás vivo y puedes ser scout.

Obedece a tus padres, confía en ellos y respétalos, y si puedes ayudarlos en cualquier momento, hazlo. Siéndoles leal, cumples el mandamiento de la Biblia que dice: «Honra a tu padre y a tu madre».

Sé leal de la misma manera con tu guía de patrulla, tu scouter y tu maestro: obedéceles, no pienses mal de ellos y respáldalos. Si trabajas, haz lo mismo con tu capataz, con tu jefe y con quienes te dan empleo.

Al aceptar un trabajo, te comprometes a hacer algo a cambio de un salario, y la lealtad por tu parte consiste en cumplir ese acuerdo y hacer un buen trabajo a cambio de la paga.

Por otro lado, si te va bien en la vida y, cuando seas mayor, llegas a tener un criado o un hombre que trabaje a tus órdenes, debes ser igual de leal con él. Recuerda que, al contratarlo, esperas de él cierta cantidad de trabajo por el dinero que le pagas; si ves que trabaja más de lo pactado, lo leal es que le pagues más. Pero nunca le pagues menos de lo acordado ni intentes sacarle más trabajo del que fija el contrato. Del mismo modo, si

eres guía de patrulla o dirigente y los que están a tus órdenes se meten en apuros por llevar a cabo tus ideas, sé leal con ellos y reconoce que la culpa de que las cosas salieran mal es tuya.

Scouts en la Antártida

Todos los Boy Scouts conocen a sir Ernest Shackleton, hermano scout del Imperio y scout de primera clase (*N. del T.: «primera clase» era uno de los grados de adelanto de los scouts de aquella época*).

En uno de sus viajes de exploración al Polo Sur estuvo muy cerca de alcanzarlo: se encontraba a solo 97 millas (unos 156 kilómetros) cuando se les acabó la comida, de modo que él y sus compañeros corrieron grave peligro de muerte y tuvieron que volver a su barco, muy a su pesar.

Al partir, habían dejado el barco lo más al sur que pudieron meterlo en el hielo, y desde allí siguieron a pie por tierra y por el mar helado y cubierto de nieve. Llevaban los víveres consigo e iban dejando depósitos para usarlos en el viaje de vuelta. Durante semanas avanzaron por un terreno muy difícil.

Un día de enero, aunque habían reducido las raciones y comían lo mínimo posible (tan poco que estaban cada vez más débiles), se dieron cuenta de que la comida se acababa y de que tenían que volver o morir; y si morían, el relato de su trabajo se perdería. Así que clavaron un asta con la bandera británica y dejaron una caja con una nota que decía que habían anexionado aquel territorio a Gran Bretaña en nombre del rey Eduardo VII.

Miraron con sus catalejos en dirección al Polo Sur para ver si se divisaba alguna montaña, pero no había nada. Y emprendieron la marcha desesperada de regreso al barco.

Hicieron descubrimientos interesantes y útiles. Subieron montañas y glaciares, y encontraron rocas con carbón y piedra caliza.

Encontraron unos insectos diminutos que podían vivir en el hielo y que no morían ni siquiera cuando los hervían.

Descubrieron que a los pingüinos, esas grandes aves sin alas que se sientan a mirarlo todo como si fueran personas, les gustaba escuchar el gramófono que los exploradores habían llevado para entretenerse.

Pero el viaje de vuelta fue muy angustioso y lleno de peripecias.

Para orientarse habían plantado banderas aquí y allá a lo largo del camino, pero el viento las derribó, así que les costaba más encontrar la ruta de un depósito de comida al siguiente. Tener que buscar sus propias huellas alargó mucho el viaje.

Así describe sir Ernest Shackleton lo que hicieron un día cualquiera:

«Dos de los nuestros, completamente agotados, cayeron de bruces, pero en cuanto se recuperaron un poco siguieron adelante con el mayor ánimo. Con un sentimiento de profunda gratitud cruzamos las últimas grietas y conseguimos algo de comida. Aparte de un poco de té, no habíamos comido nada en 34 horas; y antes de eso, nuestra última comida había sido medio panecillo de maíz a medio cocer, muy poca cosa para trabajar en esas circunstancias y con un frío tan extremo. En esas condiciones caminamos 16 millas en 22 horas».

«En otra ocasión, durante esa misma travesía, nos atacó la disentería, a 90 millas del depósito. Aunque hacía buen tiempo, estábamos ya demasiado débiles para movernos; pero allí, como en otras ocasiones, la Providencia acudió en nuestra ayuda y nos empujaron unos fuertes vientos del sur».

«Desde el 14 de diciembre de 1908 hasta el 23 de febrero de 1909 vivimos en un estado constante de ansiedad, cada vez más aguda porq-

ue sabíamos, por los apuros que habíamos pasado, lo cerca que estaba la muerte. Hubo muchas ocasiones en que ningún jefe humano habría podido sacarnos adelante».

«En esos momentos aprendimos que algún poder superior al nuestro guiaba nuestros pasos. Si lo reconocimos allí, en el hielo —y lo reconocimos—, lo justo es recordarlo ahora, cuando ese mismo poder nos ha traído sanos y salvos a casa a través de tantas dificultades y peligros. Nadie que haya visto o vivido lo que nosotros pasamos allí podría atribuirse el mérito de haber escapado de unas dificultades que parecían insuperables».

Sir Ernest Shackleton elogió también la conducta de sus oficiales y de sus hombres, que tanto contribuyeron a su gran éxito. Dice:

«Fuimos los mejores compañeros. Cada uno se olvidaba de sí mismo y todos estaban deseando dar lo mejor de sí».

Todos ellos, verdaderos scouts.

Victorias famosas gracias a la lealtad a los jefes

Trafalgar

El mes de octubre está lleno de recuerdos nacionales para los scouts.

El 21 de octubre de 1805 se libró la batalla de Trafalgar, en la que la flota inglesa, al mando del almirante Nelson, atacó y derrotó a las escuadras combinadas de los buques de guerra franceses y españoles.

Parecía casi una locura que una flota pequeña atacara a otra tan grande, pero Nelson hizo aquel famoso llamamiento a que cada hombre cump-

liera con su deber ese día, y cada hombre, como un verdadero scout, cumplió con su deber, aunque en muchos casos le costara la vida.

El propio Nelson dio ejemplo: metió su barco entre dos navíos enemigos y les presentó batalla, uno contra dos. Nunca buscó ponerse a cubierto, sino que se expuso al peligro como el que más, y cayó muerto en el momento de la victoria. Los marineros de hoy todavía llevan un pañuelo negro al cuello en señal de luto por tan gran almirante.

Balaclava

Y el 25 de octubre de 1854, en Crimea, en el sur de Rusia, la caballería inglesa lanzó dos grandes cargas contra la caballería rusa.

Una de ellas fue la carga de la Brigada Ligera, que conocen todos los niños; en cambio, por alguna razón, no se habla tanto de la carga de la Brigada Pesada, aunque a su manera fue igual de buena.

Yo he tenido la suerte de servir en dos regimientos de caballería que participaron en esas cargas: uno, el 13.º de Húsares, estaba en la Brigada Ligera, y el otro, el 5.º de Dragones de la Guardia, en la Brigada Pesada.

No quiero decir que yo estuviera también en las cargas, ¡qué va! ¡Aún no había nacido! Pero estoy muy orgulloso de pertenecer a dos regimientos que sí estuvieron.

A los húsares se les llamaba caballería ligera porque eran hombres pequeños y livianos, capaces de cabalgar lejos y deprisa para reconocer el terreno enemigo. Los dragones eran soldados de caballería pesada, montados en caballos grandes y fuertes, que con su peso y sus largos sables podían lanzar ataques arrolladores contra el enemigo.

Una brigada consta de tres regimientos, y dos brigadas forman una división. Así, la División de Caballería de Crimea estaba compuesta por una Brigada Ligera y una Brigada Pesada.

El 25 de octubre, la Brigada Ligera recibió la orden de atacar a la artillería rusa, que estaba protegida por la infantería y la caballería.

Era una misión sin esperanza. En realidad, la orden se dio por error. Pero eso no les importó a aquellos hombres, acostumbrados a obedecer. Cargaron, y aunque costó muchas vidas inocentes, cumplieron con su deber con tal valentía y arrojo que se ganaron los mayores elogios, incluso de sus enemigos. Aquello dio a los soldados británicos fama de estar siempre dispuestos a sacrificar la vida por cumplir una orden, aunque la misión pareciera desesperada. Por eso los scouts tienen hoy como lema una sola palabra que les recuerda que, cuando reciben una orden molesta o incluso peligrosa, su obligación es cumplirla como lo hicieron sus valientes padres en Balaclava: con alegría y bien.

Ahora os voy a contar la carga de la Brigada Pesada.

«La delgada línea roja»

Habréis oído que al ejército británico se le llama «la delgada línea roja». Pues bien, se ganó ese nombre en Balaclava.

Cuatrocientos hombres del 93.º de Highlanders y un batallón de turcos estaban apostados de guardia en el camino que llevaba a Balaclava cuando unos veinte mil rusos se lanzaron a atacarlos. A los turcos no les gustó el cariz que tomaban las cosas, así que retrocedieron y huyeron. Pero el valiente sir Colin Campbell, que mandaba a los Highlanders, les dijo: «Amigos, recordad que de aquí no hay retirada. Tenéis que morir donde estáis».

Y aquellos valientes estaban dispuestos a hacerlo, aunque tuvieran que morir, porque no eran de los que se dan por muertos antes de estarlo.

Formaron en línea —la «delgada línea roja», como se la llamó después— sobre una pequeña elevación del terreno, y recibieron la primera

carga de la caballería rusa con un fuego tan certero y tan mortífero que los demás tardaron un buen rato en atreverse a atacar.

El comandante en jefe británico, al ver el peligro, mandó un mensaje a la Brigada Pesada, que estaba acampada cerca, para que acudiera en su ayuda.

Los «pesados» ya estaban saliendo del campamento cuando, de repente, asomó sobre la loma, a una media milla (unos 800 metros), la cabeza de una gran columna de caballería rusa que avanzaba en silencio hacia ellos. Fue una aparición de lo más sorprendente, justo cuando los escuadrones empezaban a salir del campamento para formar.

Pero el general —el general Scarlett— no perdió la cabeza ni dudó un solo instante.

Al salir, el enemigo quedaba a la izquierda del escuadrón. Ordenó girar y formar en línea hacia la izquierda y, sin dar las órdenes habituales de «¡Al trote!» y luego «¡Al galope!», se volvió hacia su corneta para que tocara «¡A la carga!». En ese mismo momento hizo girar a su caballo, se lanzó contra el enemigo y, con su ayudante y su ordenanza, encabezó la carga a galope tendido.

«Vencer o morir»

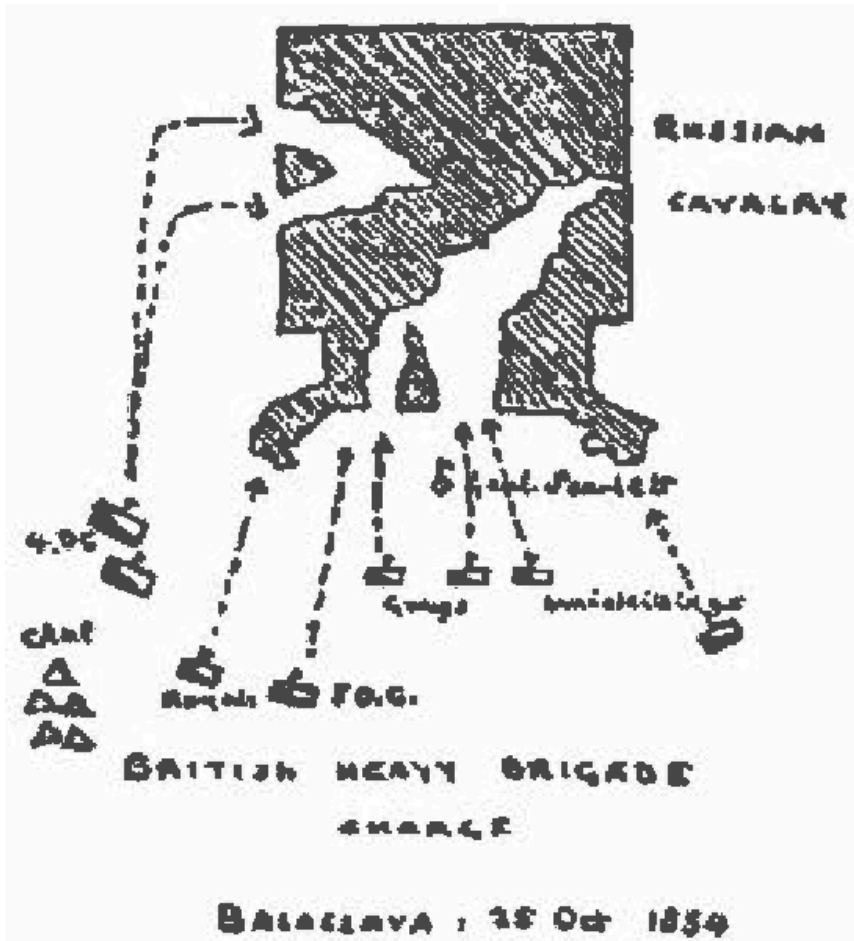
La brigada comprendió lo que se pretendía. No esperaron a formar en línea, porque habría llevado demasiado tiempo: cada escuadrón se agrupó, se acercó al más próximo, y galoparon hacia delante para respaldar a su general en la carga.

Los Scots Greys, con sus casacas rojas y sus gorros de piel de oso, montados en sus caballos tordos, iban en primera línea junto con algunos de los Irish Inniskilling Dragoons. Justo detrás venían los del 5.º de Drag-

ones de la Guardia y el 1.º de los Royal Dragoons, con sus casacas rojas y sus cascos relucientes.

En total no eran más de trescientos, mientras que la columna rusa sumaba doce mil. Parecía que los británicos iban a ser aplastados por una desproporción tan enorme.

Pero el general sabía que tenía que hacer todo lo posible para salvar de la derrota a «la delgada línea roja», y los hombres sabían que se les había dado la orden de «¡A la carga!» y que su tarea era cumplirla sin pararse a mirar el peligro. Así que cargaron.



Este croquis muestra la posición de británicos y rusos en la carga de la Brigada Pesada británica, Balaclava, 25 de octubre de 1854.

Los rusos no estaban menos sorprendidos de lo que lo habían estado los británicos: en vez de sorprender, fueron ellos los sorprendidos.

Dudaron un minuto o dos. Ningún oficial les había dado orden alguna, así que nadie sabía exactamente qué hacer, y un minuto después se les vino encima una avalancha.

El general Scarlett y su estado mayor llegaron —¡pum, zas!— atravesando de lleno sus primeras filas, seguidos inmediatamente por el peso aplastante de los Greys y por los impetuosos Inniskillings, que cargaban dando vítores.

El choque de aquella carga arrolló las primeras líneas rusas, abrió surcos en mitad de sus columnas e hizo retroceder en oleadas a toda la masa, porque las fuerzas rusas no eran más que una gran aglomeración de hombres y caballos.

Nuestra carga, hecha por un cuerpo muy pequeño, solo golpeó el centro del frente ruso, de modo que los dos extremos de su línea avanzaron como dos brazos para envolverlo. Pero justo cuando iban a hacerlo, los alcanzó nuestra segunda línea, formada por los Royal Dragoons, el 5.º de Dragones de la Guardia y los Inniskillings, y los arrolló y los aplastó en medio de una confusión espantosa.

Aquellos golpes tan duros parecieron hacer tambalearse hacia atrás a la gran masa rusa, y en ese momento crítico otros dos escuadrones de «pesados», del 4.º de Dragones de la Guardia, se lanzaron de improviso contra el flanco derecho de la columna rusa y acabaron de desbaratarla.

Los rusos se tambalearon una vez más y, en pocos minutos, empezaron a dispersarse por las colinas de detrás, huyendo a toda prisa del campo de batalla. Y la delgada línea roja se salvó.

Toda la batalla duró solo ocho minutos; los ingleses tuvieron 50 bajas entre muertos y heridos, mientras que los rusos perdieron cerca de 400 hombres.

Esta batalla, como la de Trafalgar y muchas otras victorias inglesas, demuestra que, con jefes buenos y decididos, respaldados por hombres de

los que se puede estar seguro de que obedecerán las órdenes, podemos hacer frente a fuerzas abrumadoras y salir victoriosos una y otra vez.

Sin disciplina, jamás se habría conseguido.

La lealtad de los marineros (*Jack Tars*)

En tiempos lejanos, sir Christopher Myngs fue uno de los lobos de mar más duros.

Murió en combate en 1666. Una bala lo había herido en la garganta y, sujetándose la herida con los dedos, siguió luchando hasta que le dieron un segundo balazo; poco después murió a causa de las heridas.

Trajeron su cuerpo a tierra para enterrarlo en Londres y, durante el funeral, un grupo de marineros se acercó al carruaje en el que iba sentado sir W. Coventry. El que hablaba por ellos, con lágrimas en los ojos, le pidió que rogara al Rey que les diera un barco viejo para usarlo como brulote: querían meterse con él entre los barcos enemigos y prenderles fuego.

Por supuesto, perderían la vida al hacerlo, pero eso no les importaba con tal de vengar la muerte de su querido jefe.

Lo que movía a aquellos sencillos marineros no era el espíritu de venganza, sino una gran lealtad a su jefe, y es un ejemplo de la lealtad que todos debemos a nuestro jefe, sea cual sea nuestra ocupación. No andéis buscándole defectos; fijaos en sus cualidades y seguid a su lado en lo bueno y en lo malo, por el bien que podéis hacer juntos, ya sea defendiendo a vuestro país o llevando un gran negocio.

3. Utilidad



Ley 3. El deber del scout es ser útil y ayudar a los demás.

Y DEBE CUMPLIR CON SU DEBER ANTES QUE NADA, AUNQUE TENGA que renunciar a su propio placer, a su comodidad o a su seguridad. Cuando le cueste decidir cuál de dos cosas hacer, debe preguntarse: «¿Cuál es mi deber?», es decir, «¿Qué es lo mejor para los demás?», y hacer eso.

Debe estar siempre preparado para salvar vidas o ayudar a los heridos.

Y debe intentar, en la medida de lo posible, hacer cada día una buena obra a alguien.

Hazlo ahora

Una vez, conduciendo mi coche por un camino polvoriento, adelanté a un hombre y, después de pasarlo, me pregunté si no debería haberle ofrecido llevarlo. Luego pensé que seguramente iría a poca distancia, a alguna casita cercana.

Pero a medida que me alejaba, no veía ninguna casa ni ningún desvío, y me dije que aquel pobre hombre tendría que recorrer a pie todo ese

ino polvoriento cuando yo podría haberlo llevado.

Mientras seguía allí sentado dándole vueltas, el coche me alejaba más y más millas de aquel lugar. De repente decidí que debía volver y hacerle una buena obra a aquel hombre. Pero ya había ido tan lejos que, cuando regresé al sitio donde esperaba encontrarlo, no había ni rastro de él. Seguramente había tomado un atajo por el campo, y nunca volví a verlo.

Pero aquel recuerdo me acompañó durante mucho tiempo, y desde entonces, siempre que conduzco, decido rápido y no dejo pasar la ocasión, cuando se presenta, de llevar a cualquier caminante cansado.

No pretendo hacerme pasar por muy bueno por hacer esta clase de buenas obras, porque son muy fáciles cuando se tiene coche. Lo que quiero que veas es que nunca debes dejar pasar una oportunidad, porque podrías lamentarlo: quizá no vuelva a presentarse. Tu lema debe ser: «Hazlo ahora».

Buenas obras

Recordad siempre, mientras vais por este mundo, que solo recorreremos este camino una vez y que, si dejamos pasar una oportunidad, puede que no vuelva nunca.

Creo que nuestra primera tarea en la vida es ser felices. Este mundo, con todas sus bellezas y su felicidad, se hizo para que lo disfrutemos. Cuando llegan nubes de penas y disgustos, solo son el contraste que nos muestra lo que es la verdadera felicidad y nos hace apreciarla cuando la tenemos.

El camino más corto y más seguro hacia la felicidad es hacer felices a los demás. Y aunque no podamos hacerlos felices, al menos podemos serles útiles. Pero muy a menudo se nos olvida, o, como me pasó a mí con el

coche, lo dejamos para cuando ya es demasiado tarde y la oportunidad se nos escapa.

Para ser feliz siempre, lo que hay que hacer es hacer siempre buenas obras. Para que se convierta en un hábito, al principio hay que practicarlos mucho, y por eso la Ley Scout incluye hacer una buena obra cada día.

Al principio quizá cueste un poco acordarse cada día de que tienes ese deber, y puede que te resulte difícil encontrar algo que ayude a los demás. Pero si perseveras y te esfuerzas día tras día, muy pronto se convertirá en un hábito, y entonces descubrirás cuántas cosas pequeñas puedes hacer que cuentan como buenas obras, aunque en sí mismas sean pequeñas.

Podría contaros historias largas e increíbles de las distintas buenas obras que han hecho los scouts, pero una de las más simpáticas que he oído últimamente es la de un scout que dejó con mucho cuidado una piel de naranja en la acera. Cuando le preguntaron por qué lo había hecho, respondió:

—¡Le estoy haciendo una buena obra a otro scout: le doy la oportunidad de hacer una buena obra quitándola de en medio para que nadie resbale!

«Un terrible accidente»

Una tarde me encontré a un muchacho tendido en el suelo, bastante malherido. Tenía la pierna izquierda rota y una arteria cortada en el brazo derecho, y además, por lo visto, el pecho muy quemado.

No me paré a preguntar cómo había ocurrido; me limité a observar lo que se había hecho para curarlo. Le habían ligado el brazo con un torniquete hecho con un pañuelo bien apretado con un palo, para cortar el chorro de sangre de la arteria; le habían entablillado la pierna con dos trozos rectos de madera, y le habían cubierto el estómago con una mezcla de

lana, aceite y harina, de modo que, con un poco más de horno, el paciente habría quedado convertido en un buen pastel.

Poco más tengo que añadir, porque no había nada malo en lo que se había hecho, salvo que el herido pertenecía a una patrulla de Boy Scouts que estaba practicando primeros auxilios.

En la misma tropa, otra patrulla estaba cocinando un sabroso guiso irlandés, amasando una masa dentro de una mochila (lo cual, digo yo, es tan buena idea como hacerlo ¡dentro de mi chaqueta!), horneando en una vieja lata de galletas y asando rosquillas en estacas clavadas cerca del fuego. (A los novatos que quieran saber cómo se hacen estas cosas, les recomiendo que estudien el capítulo de cocina de campamento de *Escultismo para muchachos*).

Lo importante de aquellos guisos es que la comida estaba bien cocinada y cualquiera se la habría comido con gusto.

En la misma tropa, unos señaleros hacían su trabajo de enviar y recibir señales. Y también estaba allí uno de sus jinetes, haciendo de estafeta a caballo, con un caballito que sabía ensillar y cuidar tan bien como montar. Casi todos los scouts de esa tropa eran scouts de primera clase, con una edad media de 13 años.

A unas 200 yardas (unos 180 metros) de su pequeño campamento había otra tropa de scouts más jóvenes, de unos 11 años. Cuando los vi, estaban todos muy atareados preparando el té en numerosas fogatas, y formaban una escena de lo más pintoresca.

Además, una tercera tropa tenía su campamento en otro lugar, donde se habían reunido tres patrullas de muchachos de unos 15 años: magníficos ejemplares de jóvenes británicos, robustos y de piernas largas. Daba gusto verlos cruzar el césped a «paso scout», y más gusto todavía descubrir que eran tan buenos scouts como parecían. Casi todos eran scouts de primera clase. Me invitaron a entregarles las insignias de especialidad que

habían ganado, entre ellas buen número de primera clase, ciclistas, bomberos, músicos, electricistas, cocineros, etc. Acababa de dirigir unas palabras a la tropa sobre lo que me alegraba verlos tan espabilados cuando sonó la alarma de incendio: el edificio estaba ardiendo. Se dieron unas órdenes breves a los jefes scouts y cada patrulla salió enseguida a paso ligero en una dirección distinta.

Corrimos hacia el lugar donde había empezado el fuego. Apenas tuvimos tiempo de ver (con los ojos de la imaginación) densas nubes de humo con lenguas de fuego y chispas que saltaban por todas partes del edificio en llamas, y las ventanas llenas de mujeres y niños gritando. Eso es lo que veíamos cuando llegó un grupo de scouts que colocó la manguera contra incendios, empalmándola desde una parte del edificio, mientras por otra llegaba una segunda patrulla con una escalera extensible.

Antes de que pasaran cuatro minutos desde que sonó la alarma, el bombero jefe estaba subido a la escalera, dirigiendo la boquilla de la manguera con un potente chorro de agua hacia las ventanas de la habitación (supuestamente) en llamas. Todo se hizo con mucha habilidad, rapidez y en silencio; las patrullas se merecían de sobra las insignias que habían ganado. El Denstone College, donde vi todo esto, es uno de los colegios que han adoptado el Escultismo como deporte y formación para sus alumnos, y, según los profesores que hacen de jefes scouts, los resultados son de lo más satisfactorios.

Las buenas obras de los scouts

Hace poco, en un mismo día, me encontré con tres casos de scouts que cumplían con su deber.

Una señora me contó que, viajando en un tren abarrotado, a ella y a su hija las metieron en un vagón que ya iba lleno de muchachos.

Al principio no le hizo ninguna gracia, pero pronto supo la diferencia que hay entre los scouts y los demás muchachos. Aquellos eran scouts, y enseguida ayudaron a las señoras a subir el equipaje al vagón; luego les hicieron sitio de sobra sentándose unos en las rodillas de otros, mantuvieron el orden y se portaron tan bien que la señora se encariñó con todos ellos, se puso a hablar con ellos y le parecieron «encantadores y muy caballerosos».

Otra señora me contó que le habían pedido permiso para acampar en su finca y, como desde hacía años dejaba acampar allí a algunos muchachos, no quiso negárselo. Al mismo tiempo, no le hacía mucha gracia tenerlos allí, porque le resultaba caro y molesto: cada año tenía que limpiar y arreglar el terreno cuando se iban. Al día siguiente de que los scouts levantarán el campamento, mandó, como de costumbre, a unos hombres a arreglar el terreno, y para su gran sorpresa volvieron diciendo que allí no había nada que hacer: el terreno estaba limpio, habían retirado los desperdicios y las cenizas y habían repuesto el césped. Entonces recordó que los que habían acampado eran scouts y no muchachos corrientes. Estará encantada de volver a verlos.

Aquella mañana hacía muy buen tiempo y calor, pero por la tarde el tiempo cambió de repente: se puso frío, con viento y mucha lluvia. Muchas mujeres y niños habían salido ese día a la playa o al campo. Uno de esos casos fue el de una mujer con sus dos hijos, que tuvieron que hacer parte del camino de vuelta en una barca descubierta y después en una lancha motora, con su ropa de verano, sin paraguas ni impermeables.

Allí había un scout que, por lo visto, había previsto el mal tiempo, porque llevaba dos impermeables, y ofreció uno para tapar a los niños.

«¡Bueno! —diréis—, eso fue bastante fácil: él se quedó bien abrigado y seco con el otro».

Pues no, no fue así: le puso el otro a la mujer, se fue al lado de sota-vento y allí se apañó como pudo; sonrió e hizo como si una ráfaga de aire frío en la espalda fuera lo mejor para el cutis. Y eso es lo que cualquier otro scout habría hecho en su lugar.

La caballerosidad de los scouts

Ayudando a la policía

En varias ocasiones he tenido el honor de conceder medallas de plata a scouts por su valor al salvar vidas o ayudar a la policía.

El jefe scout Crowther, de los Boy Scouts de Huddersfield, acudió en ayuda de un agente de policía al que estaban atacando unos maleantes en un barrio bajo. Aunque lo agredieron por ello, Crowther consiguió ayudar al agente haciendo sonar su silbato para atraer a más policías. Los principales culpables fueron detenidos, y el magistrado los condenó a seis meses de cárcel y, al mismo tiempo, felicitó al señor Crowther por su decidida actuación.

El scout P. L. G. Brown, de la 7.^a Tropa de Southampton, hizo algo muy parecido. Vio a un agente de policía forcejeando con cuatro maleantes violentos y, aunque había una multitud hostil a su alrededor, Brown recordó su deber y corrió a ayudar al agente. Aunque recibió una patada en la rodilla, logró hacerse con el silbato del policía y tocarlo; así atrajo a más agentes, y los cuatro maleantes fueron detenidos y castigados.

Brown se marchó sin dar su nombre y sin darse ninguna importancia por lo que acababa de hacer, pero más tarde lo descubrieron y le concedieron la Medalla de Plata.

Después, cuando pasaba revista a los scouts de Gateshead, me contaron el caso de dos scouts a los que iban a premiar por su valor al ayudar a

la policía.

Los scouts de Newton Abbot estaban cerca de un coche cuando este chocó contra una carreta, la destrozó e hirió a sus dos ocupantes. Los scouts detuvieron el coche y, aunque el conductor intentó seguir adelante, metieron sus bordones entre los radios de las ruedas y, aguantando así, impidieron que el coche escapara hasta que llegó la policía y se hizo cargo.

Fue magnífico el valor y la buena voluntad que demostraron estos scouts al ayudar a los agentes del Rey. Por hacerlo recibieron golpes, pero ¿qué son unos cuantos moratones? Desaparecen en unos días; lo que no desaparecerá es la satisfacción que cada uno de estos scouts sentirá durante el resto de su vida por haber cumplido con su deber.

El scout del Labrador

El doctor Wilfred Grenfell es el modelo ideal de scout en tiempos de paz, y durante su labor como misionero en el Labrador vivió muchas aventuras.

En una ocasión tuvo que ir a ver a un enfermo que vivía a dos días de camino y salió con su trineo y su tiro de perros para cruzar un brazo de mar helado, lo que le ahorraría un largo rodeo por tierra. Pero era abril, cuando el hielo empieza a volverse traicionero y a romperse.

Había siete millas (unos 11 kilómetros) de hielo que cruzar, con una isla a mitad de camino.

Llegó bien a la isla, y desde allí avanzaba hacia la orilla de enfrente cuando notó que el hielo empezaba a estar en mal estado y blando, lo que allí llaman *sish*: hielo que el mar ha ido golpeando hasta romperlo en grandes placas y que luego tritura con su movimiento.

Al darse cuenta de que se hundía con el trineo, se quitó el pesado abrigo y las pieles engrasadas, sacó rápidamente el cuchillo, cortó los tir-

antes de los perros y se enrolló en la muñeca el del perro guía.

Así, los perros lo arrastraban mientras se hundían en aquella papilla de agua y nieve. El perro guía alcanzó un témpano y Grenfell, muy contento, se iba acercando a él tirando del tirante, cuando de pronto el perro se soltó del arnés y su amo se quedó hundiéndose en el *sish* junto con los demás perros.

Entonces, por suerte, se agarró al tirante de otro perro y tiró de él hasta que logró llegar al bloque de hielo y subirse a él; luego ayudó a subir al resto de los perros.

Pero aquel bloque era bastante pequeño y no tardaría en romperse; así que vio que su única oportunidad era abrirse paso a duras penas por el hielo picado (*porridge-ice*) hasta otro témpano más grande que le sirviera de balsa.

No perdió la esperanza, como habría hecho mucha gente: no estaba dispuesto a darse por muerto antes de estarlo.

Así que se quitó los guantes y los mocasines, los ató a la espalda de los perros, les sujetó bien los arneses para que no se escurrieran, se ató los tirantes a las muñecas para que el tiro lo arrastrara, y entonces intentó ponerse en marcha.

Pero a los perros no les gustaba enfrentarse al peligro, y tuvo que empujarlos para que bajaran del bloque; incluso entonces solo forcejeaban por volver, hasta que uno de ellos, su favorito, entendió lo que quería cuando su amo lanzó un trozo de hielo hacia otro bloque, echó a andar hacia allí y arrastró a los demás a seguirlo.

Así, tirando de su amo, los perros fueron pasando con esfuerzo de un bloque a otro, hasta que por fin llegaron a uno más grande que los demás, de unos diez por doce pies (unos tres metros por tres y medio).

En realidad no era hielo sólido, sino un bloque de nieve helada que podía deshacerse en cualquier momento. Pero era lo mejor que habían

ontrado, y con el viento que arreciaba y la corriente, pronto empezó a llevarlos a aguas más abiertas, alejándose de la orilla y bordeando la costa. Así que no tenían más remedio que sacar el mejor partido posible de aquella pobre balsa improvisada.

El frío era intenso, y el pobre Grenfell, como buen scout, pensó enseguida en cómo hacerse un abrigo. Sus mocasines eran botas altas y blandas de piel de foca que le llegaban hasta los muslos, así que los abrió en dos con el cuchillo y, con unas tiras, se hizo con ellos una especie de capa para la espalda.

Pasaban las horas, seguían alejándose de la orilla y se acercaba la noche.

Entonces vio que necesitaba más ropa y algo de comida para él y para los perros, y lo único que podía hacer era sacrificar a uno de los queridos perros de su tiro. Hizo un lazo corredizo con uno de los tirantes, se lo puso al perro en el cuello y se lo ató a un pie; sujetándole así la cabeza, tumbó al perro de espaldas y le clavó el cuchillo en el corazón.

Mató a otros dos de la misma manera, los desolló y cosió las pieles con tiras finas de cuero; así se hizo un abrigo con el pelo hacia dentro.

Toda la ropa que llevaba hasta entonces eran unas prendas viejas de fútbol que había encontrado esa mañana en casa: unos pantalones cortos y unos calcetines del club de Richmond (rojos, amarillos y negros), una camisa de franela y un jersey. Es decir, iba prácticamente con el uniforme de Boy Scout y no con lo que cabría esperar de un médico misionero.

Pero es que, como veis, era casi tan Boy Scout como médico o misionero; y esta historia nos enseña cómo, como scout, era capaz de echar mano de cualquier cosa e inventar lo que necesitaba para salvar la vida, aunque estuviera solo con sus perros en un trozo de hielo que iba a la deriva frente a la costa del Labrador.

Quizá solo hubo un punto en el que un Boy Scout podría haberle ayudado de haber estado allí. Cuando se hizo de noche, pensó en encender una luz que llamara la atención de cualquiera que estuviera en la orilla. Así que deshilachó un trozo de cuerda y lo untó con grasa de los perros, pero cuando iba a encenderlo se dio cuenta de que las cerillas se le habían mojado y, con aquel aire tan húmedo, no podía secarlas.

Me pregunto si se le ocurrió el truco de los scouts de secarlas en el propio pelo durante un minuto o dos.

Para no quedarse helado, usó uno de los perros muertos como asiento y se abrazó a los otros perros para aprovechar su calor. Llevaba los pies en unos mocasines finos que se mojaban con facilidad, y se le estaban congelando, hasta que se le ocurrió una idea para calentarlos. Había visto a los lapones meter mucha hierba en las botas antes de calzárselas y luego rellenar las perneras con toda la hierba que les cabía.

En su isla de hielo no crecía mucha hierba, así que Grenfell tuvo que inventar algo que la sustituyera: cortó de los tirantes de los perros un poco de la franela con la que estaban forrados para que no les hicieran rozaduras, rellenó con ella los mocasines para que abrigaran y se enrolló lo que sobraba en las piernas a modo de polainas.

Así consiguió entrar en calor lo bastante para poder dormir. Hacia el amanecer se despertó pensando que tenía que hacer algo parecido a una bandera para atraer la atención de la gente de la orilla y que vieran que había alguien en peligro sobre el hielo.

El problema era: ¿cómo hacer una bandera? Me pregunto si a un Boy Scout se le habría ocurrido la manera.

Grenfell cogió las patas congeladas de los tres perros muertos y las unió atándolas con tiras de cuero crudo; así se hizo un asta, a la que ató la camisa a modo de bandera. Funcionó muy bien hasta que salió el sol y las

patas empezaron a deshacerse un poco, de modo que el asta se volvió algo inestable; como cuenta el doctor, «casi se hacía nudos ella sola».



El doctor Grenfell, tal como se le veía en la isla de hielo, con una capa de pieles de perro y unas polainas hechas con la franela que quitó a los tirantes de los perros. Usó la camisa como bandera e hizo el asta con las patas congeladas de los perros.

Como buen scout, Grenfell no se desesperó nunca: siguió pensando en maneras de salir de aquel peligro.

Pensó en prender fuego a la cuerda deshilachada con un trozo de hielo a modo de espejo, con la esperanza de llamar la atención de la gente de la costa con señales de humo. Pero mientras lo preparaba vio a lo lejos el destello de lo que parecía el remo de una barca; luego lo volvió a ver y, después, vio la barca misma.

Unos pescadores habían visto su bandera y se habían abierto paso con su barca a través del hielo hasta llegar a él y a sus fieles perros, y los pusieron a todos a salvo.

Un hombre lo había visto la tarde anterior, al oscurecer, y había corrido la voz por la costa, así que, sin que él lo supiera, durante todo ese tiempo hubo ojos angustiados pendientes de él.

La única dificultad era conseguir una barca capaz de cruzar los trozos de hielo y los témpanos que cubrían el mar agitado entre él y la costa, pero lo lograron unos brazos fuertes y decididos.

Al final, sus salvadores lo llevaron sano y salvo a tierra, donde todos los hombres, mujeres y niños del pueblo lo esperaban en la playa para darle la bienvenida con vítores, y muchos con lágrimas de alegría.

El doctor Grenfell dice que en toda esta terrible experiencia no tuvo miedo ni una sola vez. Pensó que probablemente se dormiría para siempre en la isla de hielo, pero esa idea no le inquietó demasiado.

Al mismo tiempo, sintió algo de ese pesar que les viene a muchas personas cuando van a morir: recordar cuánto tiempo han desperdiciado (incluso él) teniendo vida y oportunidades para hacer el bien a los demás, y cuántas de esas oportunidades han dejado pasar sin hacer todo lo que deberían haber hecho.

Así que seguid haciendo buenas obras cada minuto que tengáis ocasión, y cuando os encontréis cara a cara con la muerte, podréis decir:

«Hice lo que pude por cumplir con mi deber. No malgasté el tiempo en otras cosas».

Un scout valeroso

No siempre se demuestra el heroísmo en el campo de batalla; a veces es en casa o en la vida privada donde puedes demostrarlo, aunque allí tus actos no se vean tanto. Aquí tienes un caso:

El guía de patrulla Leonard Sanderson, de la 1.^a Tropa de Jesmond, sufrió un grave accidente en un ascensor que le aplastó un muslo. Aunque tenía fuertes dolores y estaba conmocionado por el accidente, le quitó importancia para no preocupar a sus padres. Pasó muchas semanas en el hospital y lo operaron varias veces, pero siempre se mostró alegre y paciente. Le enviaron muchos regalos de fruta, pero, como buen scout, los compartió con otros enfermos. Hizo juguetes para los niños enfermos y ayudó a las enfermeras a enrollar vendas. Nunca olvidó su deber de scout de dar buen ejemplo a los demás.

Un scout que había sido un granuja

«El chico que paró al caballo desbocado nunca lo habría hecho si no hubiera sido scout. Antes era un granuja de primera, siempre metido en alguna travesura».

Eso es lo que decía de él el informe.

Pero eso es lo que pasa cuando un muchacho se hace scout: deja de ser un gamberro que va armando jaleo sin sentido y molestando a todo el mundo. En su lugar, se convierte enseguida en una persona hecha y derecha, dispuesta en todo momento a ayudar a quien lo necesite, sin esperar ninguna recompensa y sin pensar si esa persona es rica o pobre, joven o vieja.

En una ocasión hablaba con un aristócrata que me contó que no hacía mucho se había roto una pierna y que, mientras se recuperaba, el médico le había aconsejado dar un paseo diario apoyándose en dos bastones.

Así que se fue a Hampstead Heath, y avanzaba muy animado, pasito a pasito, cuando llegó una patrulla de scouts; el guía lo saludó y le dijo:

—¿Podemos ayudarle, señor? Podríamos hacer una camilla con nuestras chaquetas y nuestros bordones para llevarlo.

El duque me dijo que, al ver a los muchachos e imaginárselos intentando cargar con él —porque no es precisamente un hombre pequeño—, casi se echa a reír a carcajadas; pero les dio las gracias de corazón y les explicó que caminaba a propósito para poner la pierna en forma.

En cualquier caso, aquella buena intención les ha ganado a los scouts un buen sitio en su corazón.

Práctica de rastreo

Cuando voy por una carretera o un sendero, suelo hacer cada día un poco de práctica de rastreo, porque solo con práctica constante se puede aprender a rastrear o mantenerse en forma una vez aprendido. Es bastante sencillo y fácil de hacer; lo que pasa es que los scouts no siempre se acuerdan de hacerlo.

Aquí tenéis, por ejemplo, lo que hice una mañana. No tiene nada de extraordinario, pero los scouts comprenderán mejor que nadie que esta práctica debe ser cosa de todos los días y no algo que se intenta solo en una gran ocasión. Aquel día habría fracasado si no lo hubiera practicado antes con regularidad.

Hice la práctica en un camino rural corriente, seco y duro, con una fina capa de polvo casi por todas partes, que subía y bajaba entre setos alt-

os, y sin viento (el viento, ya sabéis, alisa pronto las huellas en el polvo y hace que parezcan más antiguas de lo que son).

Hacia las ocho de la mañana, cuando pasaba de un campo a otro, crucé el camino principal en lo alto de una cuesta.

Leí en el suelo algunas noticias, y esto es lo que decían:

«La señora Sharp está enferma esta mañana y Johnny Milne ha ido a la estación a recoger los periódicos».

Así es como lo deduje.

Solo había dos rastros frescos: unas pisadas de chico y las huellas de una bicicleta.

Las pisadas eran de botas con clavos, no lo bastante grandes para ser de un hombre, e iban por el camino que lleva a la escuela y a la estación. Era sábado, día de fiesta completo, así que no podía haber ido a la escuela; por tanto, iba a la estación. ¿Y por qué a la estación? Porque el tren de los periódicos llegaba a las 7:33, y sus pisadas volvían luego por el mismo camino (de hecho, en algún punto pisaban sobre las de ida).

En el pueblo había un muchacho, Johnny Milne, al que la tienda pagaba por ir a buscar los periódicos a la estación.

Así que, si el tren había llegado puntual, el chico habría pasado de vuelta por este punto veinte minutos más tarde, es decir, a las ocho menos siete minutos.

Las huellas mostraban además que la bicicleta subía la cuesta: iban en zigzag, y si hubiera bajado habrían sido casi rectas. Al llegar a la cima, el ciclista estaba ya cansado (más zigzags). Allí se detuvo —un giro brusco y un derrape de las ruedas en la arena— y se bajó a descansar. Era una mujer: pies pequeños, suelas sin clavos y tacones pequeños y puntiagudos.

Se quedó allí un rato (las pisadas se superponían), luego volvió a montar y siguió adelante. Pasó por este punto entre las 7:15 y las ocho menos diez. Lo sé porque las huellas de la bicicleta pisaban las pisadas de ida de

Johnny Milne, que eran de las 7:15, mientras que sus pisadas de vuelta, de las ocho menos diez, pisaban las de la bicicleta; por tanto, se hicieron después de que ella pasara.

¿Qué señora iría en bicicleta por este camino a esa hora de la mañana? Una señora bastante robusta, a juzgar por lo ancho del pie y por el hecho de haber tenido que descansar al llegar arriba.

El camino llevaba a la casa de la señora Sharp, que no andaba muy bien de salud.

La ciclista debía de ser la señora Clarke, la enfermera del distrito, una mujer de cierta edad, que iba en bicicleta a visitar a la señora Sharp y seguía todavía allí, pues no había huellas de vuelta.



«La señora Sharp está enferma y Johnny Milne ha traído los periódicos de la estación».

Así es como un scout puede leer las noticias en el suelo. Las de esa mañana no eran muy importantes, pero siempre vale la pena practicar y leerlas, porque quizá algún día quieras sacar del suelo una información importante, y solo la práctica diaria te permitirá hacerlo.

4. Amistad



Ley 4. Un scout es amigo de todos y hermano de todos los demás scouts, sea cual sea la clase social a la que pertenezcan.

SI UN SCOUT SE ENCUENTRA CON OTRO SCOUT, AUNQUE NO LO conozca, debe hablarle y ayudarle en todo lo que pueda: echándole una mano en el trabajo que esté haciendo, dándole de comer o con cualquier otra cosa que necesite.

Un scout nunca debe ser un «estirado» (un *snob*).

Estirado es el que mira por encima del hombro al que es más pobre que él, o el pobre que guarda rencor al que es rico. Un scout acepta a los demás como son y saca lo mejor de ellos. Kim, el muchacho explorador al que los indios llamaban «Pequeño amigo de todo el mundo»: ese es el nombre que todos los scouts deberían ganarse.

Los árabes del desierto están entre los mejores scouts del mundo. No solo porque son tipos valientes y viriles que saben valerse por sí mismos, sino porque tienen buen corazón, son amables con los extraños y son hombres de honor.

Cuando llegas a un campamento árabe, nadie te pregunta si eres rico o de origen humilde. En cuanto estás en los alrededores de su tienda, el

árabe da por hecho que eres su huésped, y mientras estés con él hará todo lo posible por defenderte de tus enemigos.

Esta gente tan hospitalaria, que vive siempre en tiendas, tiene la costumbre de usar cuerdas muy largas para montarlas, de modo que se extienden un buen trecho por la llanura alrededor del campamento.

Lo hacen para que cualquier forastero que pase cerca se sienta dentro de los límites del campamento, lo que significa que debe entrar y ser su huésped. El árabe espera que se quede al menos cinco días. Durante ese tiempo lo alimentará, le dará alojamiento y lo protegerá, sin esperar ningún tipo de pago.

Una de las primeras cosas que hará será ofrecerte agua. En parte es para que te refresques, pero también es una señal secreta de que no lo traicionarás.

Se considera de mala educación rechazar la hospitalidad que se te ofrece así. Aunque tengas mucha prisa, debes contener las ganas de seguir tu camino, por cortesía con el hombre que quiere ser tu anfitrión.

Los árabes tienen un dicho: «Solo los ruines y los desagradecidos rechazan la generosidad». Pero eso no quiere decir que él acepte una recompensa por haber sido amable contigo. Ofrecerle una propina es insultarlo, y espero que los scouts piensen igual.

Si montas tu tienda cerca de la de un árabe y os hacéis buenos amigos, él cambiará de sitio las estacas de su tienda para que queden dentro de la línea de la tuya y las cuerdas de ambas se crucen.

También esto es una señal secreta: significa que él y los que viven en su tienda son amigos tuyos para siempre, y también de todos los que viven contigo.

Los árabes son gente de honor y se puede confiar en que respetarán ese acuerdo.

En una cosa los árabes se muestran más caballerosos que, digamos, los alemanes en el África del Sudoeste: nunca envenenan los pozos, aunque sepan que sus enemigos van a usarlos.

La verdadera camaradería no se fija en la posición social de los compañeros.

Recuerdo que, cuando llevé una Tropa de scouts a Canadá, los chicos trabajaron por parejas durante todo el viaje. Una de esas parejas la formaban el hijo de un conde y el hijo de un sargento de un regimiento de infantería. Aunque se habían criado en ambientes completamente distintos, eran muchachos, eran scouts, no eran estirados, y se hicieron grandes amigos.

Hoy vemos lo mismo en el frente, donde en las filas de cada batallón hay hombres de todas las clases y condiciones:

«Hijo de cocinero, hijo de duque, hijo de un conde de cinturón».

(N. del T.: se trata de un dicho inglés. El cinturón parece ser una distinción que concedía la monarquía y que se heredaba de generación en generación).

Y también entre los oficiales y la tropa hay un gran sentimiento de camaradería: cada uno trabaja por el otro en todo lo que puede. Es un resultado al que quizá los alemanes no lleguen nunca, por la sencilla razón de que no son caballeros. *(N. del T.: hay que recordar que la primera edición de este libro es de 1916, en plena Primera Guerra Mundial).*

Espero que los scouts mantengan y refuercen este espíritu, sea cual sea su clase, su credo o su país. Estoy plenamente convencido de que, si se sigue esta regla, será una ayuda enorme para traer una paz verdadera entre las naciones después de la guerra, porque los scouts de cada país serán verdaderos amigos y camaradas de los de los demás.

Dar medicinas a los nativos

El scout debe saber un poco de la mayoría de las lesiones y enfermedades y ser capaz de tratarlas. En los países no civilizados, los nativos ven a los hombres blancos como médicos natos y les traen toda clase de casos para que los curen.

Cuando estuve en Cachemira, me trajeron a un muchacho que acababa de caerse por un barranco profundo. Le dolía muchísimo, y sus familiares y amigos ya lo daban por muerto. Al examinarlo no le encontré ningún hueso roto, pero tenía el hombro derecho dislocado. Les pedí que lo tumbaran boca arriba y empecé a quitarme el zapato derecho, o mejor dicho, la sandalia de paja que llevaba puesta.

Uno de los curiosos que estaban mirando, al verme hacerlo, dijo:

—¡Oh, va a rezar!

E inmediatamente se pusieron a quitarme la otra sandalia.

Veréis, esa gente se descalza al entrar en el templo o al rezar, igual que nosotros nos quitamos el sombrero. Pero yo no iba a rezar, así que solo me quité la sandalia derecha.

Entonces me senté junto al paciente, mirando hacia su cabeza, con la pierna derecha pegada a su costado derecho, de modo que mi talón quedara en la axila del hombro lesionado. Puse a uno de sus amigos al otro lado para que lo sujetara, le agarré la muñeca con fuerza con las dos manos y di un tirón firme, largo y enérgico de su brazo, usando el talón como palanca, hasta que el hombro volvió a su sitio con un chasquido seco. ¡Para mí fue una sensación tan agradable como sacar un salmón!

Entonces el chico se desmayó.

Su madre empezó a dar alaridos y a decir que lo había hecho fatal y que había matado a su hijo. Pero yo sonreí, me volví a poner la sandalia y

le dije que aquello era solo parte del tratamiento y que ahora lo devolvería a la vida sano y salvo. Y eso hice, salpicándole un poco de agua en la cara. Poco a poco recobró el conocimiento y comprobó que el brazo estaba casi bien.

Su asombro y el de todos los demás fue enorme, y en menos de media hora mi tienda estaba llena de fruta, gallinas y huevos como ofrendas de agradecimiento.

Pero durante los tres días siguientes me trajeron a todos los enfermos, cojos y ciegos de la comarca para que los curara. No te imaginas cuántos. Hombres, mujeres y niños con todos los males imaginables, entre ellos muchos enfermos de la vista, a los que lavaba los ojos con té tibio y flojo. Un pobre hombre tenía media cara arrancada por el mordisco de un oso: había perdido un ojo y la mitad de la mejilla, de modo que se le veían todos los dientes en una sonrisa horrible, y como la herida nunca se había curado bien, la sonrisa resultaba todavía peor.

Después, un hombre gordísimo me pidió que hiciera algo por él. A ver, ¿qué habrías hecho tú en mi lugar? Yo solo tenía una loción de plomo, un desinfectante y unas cuantas hojas para cataplasmas de mostaza. Así que le di algunas de esas hojas de mostaza y le dije que, si aquello no lo curaba, no sabía qué otra cosa podría hacerlo, y al decirlo decía toda la verdad. Le indiqué que las humedeciera y se las pusiera en el pecho al acostarse.

Al día siguiente volvió con lágrimas de gratitud y me dijo que yo había hecho más por él en una noche que todos los médicos en años. Notaba que ya empezaba a adelgazar.

Ese mismo día trasladé mi campamento a 20 millas (unos 32 kilómetros) de allí. Pensé que más valía marcharme mientras conservaba la buena fama; además, empezaban a traerme pacientes de todo el distrito y no tenía con qué curarlos.

Eso es lo que te puede pasar cuando viajas, así que debes aprender, mientras puedas, a tratar las dolencias más comunes, para poder ayudar a esas pobres criaturas cuando te las encuentres.

La esvástica

(N. del T.: hay que recordar que, cuando escribe Baden-Powell, la esvástica todavía no era el símbolo del nazismo, que aún no existía).

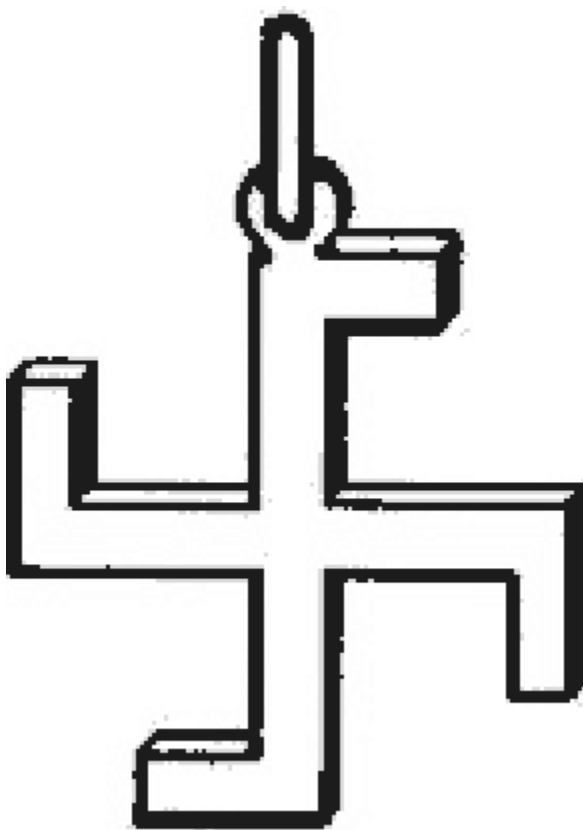
Todos los pueblos del mundo tienen costumbres propias que se parecen entre sí de una manera curiosa. Por ejemplo, cuando un zulú tiene que emprender algo peligroso, como acercarse a rastras a un león, le gusta ponerse antes su pintura de guerra.

La misma idea se encuentra en otras partes del mundo. Incluso en nuestro país, hace unos cien años, a nuestros marineros, antes de entrar en combate contra el enemigo, les gustaba lavarse y afeitarse, peinarse con esmero y ponerse sus mejores pañuelos al cuello. Y todavía hoy los indios cree del Canadá, cuando salen a cazar un oso, se ponen sus mejores ropas y se adornan antes de enfrentarse al peligro.

Ya veis que en todas partes del mundo nos parecemos en algo. Si estornudas en Escocia, la gente dice: «¡Dios te bendiga!». Si estornudas en el país masái (África Oriental Británica), un nativo te dirá: «¡Buena salud!».

Hay cientos de pequeñas costumbres como estas en distintos rincones de la tierra, entre pueblos que nunca han tenido nada que ver unos con otros.

Pero quizá la más asombrosa de todas sea el signo de la esvástica, que los scouts usamos como nuestra «Insignia de la Hermandad».



La esvástica o Insignia de la Hermandad

Nadie conoce con exactitud su origen ni su significado, pero se encuentra en casi todos los rincones del mundo y es muy, muy antigua.

Rudyard Kipling cree que en la Antigüedad la hizo un hombre que colocó en el suelo dos ramitas cruzadas y las hundió en el barro para dejar una señal que guiara a otros, como una señal de pista de los scouts.

Pero hay otra historia que dice así:

Los antiguos creían que donde ahora está el océano Atlántico había una gran tierra llamada Atlántida, que se hundió en el mar en tiempos remotísimos.

Esa tierra la regaban cuatro grandes ríos que la cruzaban de parte a parte en distintas direcciones: norte, sur, este y oeste. Esta cruz representaría los cuatro ríos y sería el emblema del continente de la Atlántida.

Pero, fuera cual fuera su significado, la cruz esvástica aparece en todas partes del mundo como una marca antigua.

Así, en Noruega aparece en las vainas de las espadas de los antiguos nórdicos como un signo para atraer la buena suerte, y también en la alfarería antigua de Islandia, Alemania y Francia.

En el sur se encuentra en África, Grecia y Egipto.

En el oeste, en América: en Arizona (Estados Unidos), en México y en Sudamérica.

Y en el este, en la India, el Tíbet, Japón, China y Persia.

Es decir, en Europa, Asia, África y América, en el mundo entero; y en todas partes se considera un signo de amistad y de buenos deseos.

Por eso empezamos a usarla los scouts, cuyo deber es hacer buenas acciones y ayudar a los demás estemos donde estemos.

Así que, cuando queremos mostrar nuestra buena voluntad a alguien en particular, sobre todo a quienes nos han hecho un favor, le regalamos una esvástica o «Insignia de la Hermandad» para que la lleve. Eso lo convierte en miembro de la Hermandad de los Scouts, aunque no sea scout; y cuando enseñe su insignia a un scout, este hará todo lo posible por ayudarle, esté en el rincón del mundo que esté.

Nuestra insignia de solapa

Espero que la mayoría de los scouts os hayáis encontrado, igual que me ha pasado a mí, con que vayáis por donde vayáis —por la calle, en una ciudad desconocida o lejos, en el campo— aparece algún muchacho con una insignia en la solapa, y al acercaros veis que es la conocida insignia scout de tres puntas.

Os hacéis el saludo, os estrecháis la mano izquierda y ya estáis en compañía de un amigo y hermano que hace solo unos minutos era un desconocido.

Scouts chilenos

Nuestro Comisionado Mundial Itinerante —porque ahora tenemos a alguien que viaja por todos los países— estuvo una vez en Chile, que, como sabes, es una franja de tierra larga y estrecha de Sudamérica, de tres mil millas de largo y ni siquiera cien de ancho, encajonada entre los Andes y el océano Pacífico.

Los Boy Scouts de Chile están entre los mejores del mundo: han hecho muchos campamentos volantes y muchas otras expediciones. Su Gobierno llegó a organizarles un crucero a bordo de un buque de guerra, y unos doscientos de ellos vivieron en el barco más de una semana, aprendiendo natación, manejo de botes, navegación, el trabajo de la sala de máquinas y, en fin, todas las tareas de los Scouts Marinos.

Todos esos muchachos tuvieron que pagarse el alojamiento y los demás gastos, así que solo pudieron ir los más ricos. Pero después se organizó otro crucero, y cada uno de los chicos ricos llevó como invitado a uno de los scouts más pobres y le pagó todos los gastos.

Eso es lo que me gusta ver. Me dice, mejor que cualquier informe, que los scouts chilenos tienen un espíritu de igualdad.

Un muchacho de Brixham, en Devonshire, se fue a trabajar a Chile. Era scout y siguió llevando su insignia de solapa también allí, tan lejos de casa.

Un día, estando en uno de los rincones más remotos de aquel país tan apartado, se le acercó un chico chileno, le hizo el saludo scout y, señalando su insignia, le dijo:

—¿Tú boy scout? ¡Yo scout también!

Y se lo llevó a su casa a tomar el té, lo cuidó, y se hicieron buenos amigos.

¿Veis qué útil es ser scout y llevar la insignia?

Es una buena costumbre también en la vida diaria, en casa, porque quizá podáis hacer una buena acción a un scout extranjero con solo reconocerlo como scout.

Creo que no pasa un solo día sin que me encuentre con algún scout vestido de calle, pero con su insignia en la solapa; gracias a ella lo distingo y me pongo a charlar con él, mientras que sin la insignia probablemente no me fijaría en él.

Además, es una señal para la gente de fuera. La gente debe saber lo útiles que son los scouts, y muy a menudo los buscan con ansiedad para que les ayuden cuando están en apuros. Pues bien, si ven venir a un chico con la insignia, saben que es scout aunque no vaya de uniforme, y pueden pedirle que les haga una buena acción.

5. Cortesía



Ley 5. Un scout es cortés.

UN MUCHACHO DEBE SER CORTÉS CON TODO EL MUNDO, PERO sobre todo con las mujeres y los niños, los ancianos, los inválidos, los lisiados, etcétera. Y nunca debe aceptar una recompensa por ser amable y cortés.

La cortesía es, en gran parte, lo mismo que la caballerosidad, que a su vez está muy unida al honor. En la Antigüedad, ambas las practicaban mucho los caballeros, que arriesgaban la vida para defender y ayudar a los más débiles, a las mujeres y a los niños, frente a los espadachines penden- ciosos y los merodeadores.

¿Por qué lo hacían?

No les reportaba dinero, porque para un caballero era una deshonra aceptar una recompensa por una buena acción. Solo les traía el peligro de ser heridos o de morir. Era una aventura. Eran buenos deportistas y tipos viriles. Su conciencia les decía que lo correcto era que los hombres fuertes y decididos protegieran a los más débiles. Las leyes de su tierra no los obli- gaban a hacerlo, pero había una ley más fuerte que los empujaba: su pro- pio sentido del honor, que los convertía en hombres caballerosos.

El honor era el espíritu que los movía.

La caballerosidad consistía en poner en práctica lo que su honor les mandaba.

El muchacho corriente no tiene caballerosidad; o, al menos, si la tiene, la lleva bajo la superficie, porque está en la edad de las tonterías y se le olvida. Si ve a un pobre jorobado o a un lisiado, muchas veces se ríe o se lo queda mirando con descaro. Olvida que el otro es un desafortunado que ha tenido la mala suerte de nacer así.

Un muchacho sano que ve a una persona deforme debería dar gracias a Dios por tener un cuerpo sano y poder disfrutar de la vida, y debería hacer lo que pueda para hacerle la vida más agradable a su hermano menos afortunado.

Eso es lo que haría un scout, porque es caballeroso.

El juramento de los caballeros en la investidura (año 506 d. C.)

«Señor, puesto que deseáis recibir la Orden de Caballería, jurad ante Dios y ante el Libro Sagrado que no lucharéis contra el Rey, que ahora os impone la Orden de Caballería; jurad también, con todas vuestras fuerzas y poder, defender y proteger a todas las damas, doncellas, viudas, huérfanas y mujeres en desgracia; y que no rehuiréis con vuestra persona ninguna aventura, de ningún modo, en cualquier guerra que de aquí en adelante pueda haber».

Hace 1400 años, los antiguos caballeros de Britania hacían el juramento de sus deberes con estas palabras.

Su juramento se parecía mucho a la Promesa que hacen hoy los «jóvenes caballeros» cuando se hacen scouts: prometen servir a Dios y al Rey (*N. del T.: en la fórmula original de la Promesa Scout, tal como la escribió Baden-Powell, lo que hoy son los «deberes para con la patria» aparecía como «deberes para con el Rey»*), ayudar al prójimo, especialmente a las

mujeres y a los niños, y no pensar en su propia incomodidad ni en el riesgo cuando se trata de hacer una buena acción a quien necesita su ayuda.

Los caballeros, como eran hombres a caballo, recibían el nombre de «caballería», del latín *caballus* y del francés *cheval*, que significan «caballo».

De ahí que cualquier acto hecho por un caballero se llamara «caballeroso», es decir, propio de un caballero.

Así que la palabra «caballerosidad» significa hoy hacer cosas como las que hacían los antiguos caballeros.

Es caballerosidad cumplir con tus deberes para con Dios y para con el Rey, ayudar a las mujeres y a los niños y a toda la gente en apuros, y ser decidido y valiente a la hora de cumplir con tus obligaciones.

Por eso los periódicos describen a menudo a los scouts como «caballerosos». Espero que sigan así y que continúen mereciendo ese título.

Un gran paso en la cortesía es ser agradecido. Cuando alguien te hace una buena acción, debes mostrarle tu agradecimiento diciéndole «gracias». Es una cosa pequeña, pero para quien ha hecho algo bueno es muy importante sentir que no ha sido en vano.

Un caballero sucio

Pasó un autobús bajo mi ventana. Iba abarrotado de gente, dentro y fuera. Dentro, todos los asientos estaban ocupados y una mujer tenía que ir de pie. Vi a algunos hombres que la miraban, uno de ellos con cara de fastidio porque, sin querer, ella le había dado un empujón al periódico; pero ninguno le ofreció su asiento.

La mayoría eran hombres acomodados, de esos a los que se llama caballeros por su ropa y su aspecto. Pero cuando llegó la verdadera prueba de ser un caballero, es decir, la de mostrar caballerosidad y cortesía hacia

una mujer, el único caballero entre ellos resultó ser un joven trabajador, un chico de unos quince años con la cara y las manos sucias.

En cuanto vio a la mujer de pie, se levantó enseguida y le hizo señas para que ocupara su asiento. Espero que alguno de aquellos señores tan distinguidos tuviera el sentido común de avergonzarse al recibir una lección de buenos modales de un chico trabajador. Quizá era un boy scout. En cualquier caso, actuó como lo habría hecho cualquier scout en una situación parecida.

¿Qué es un caballero?

Mucha gente tiende a pensar que la palabra «caballero» designa a un hombre que ha nacido rico, o que un muchacho educado en colegios y universidades muy caros será por fuerza un caballero cuando crezca. Pero no siempre es así.

Un chico que ha tenido la suerte de recibir esa educación tiene, sin duda, más posibilidades de llegar a ser un caballero que muchos chicos pobres; pero, al mismo tiempo, un muchacho pobre puede ser tan caballero como uno rico.

Un caballero es lo que indica la palabra: un hombre, sí, pero un hombre gentil; no un tipo rudo, pendenciero y ordinario, sino alguien que, aunque sea grande y fuerte, sabe ser amable, caballeroso y servicial con los demás.

Un buen ejemplo, como cualquier otro, es el policía de Londres. Siempre es cortés y servicial con todo el mundo, hasta el punto de estar dispuesto a arriesgar la vida en cualquier momento para salvar a la gente en un accidente o para protegerla de malhechores, y trata a ricos y pobres, a viejos y jóvenes, con la misma atención, paciencia y buen humor.

Scouts del desierto

Hace algunos años pasé una temporada con los árabes del norte de África, en Túnez y Argelia, y me parecieron gente de primera. Les encantaba cualquier deporte arriesgado y eran hospitalarios y corteses.

Muchos de ellos salían con sus perros a ayudarme a encontrar piezas de caza, y después de un largo día recorriendo matorrales espinosos y hierba alta, cuando terminábamos de cazar, me estrechaban la mano y se iban a casa muy contentos si yo había tenido una buena jornada, sin esperar ni buscar recompensa alguna, cosa que, lamento decirlo, no suele ocurrir en Inglaterra. Aquí los hombres parecen creer que hay que pagarles por cada cosa que hacen.

Los jefes árabes eran también buenos anfitriones: me daban la mejor comida, normalmente una especie de estofado irlandés de pollo con arroz, y por la noche me acomodaban en sus propias tiendas, bajo sus mantas.

Eran gente limpia, tan valientes como corteses y muy honrados. Por eso son verdaderos scouts del desierto. En sus campamentos tienen muchas costumbres que los scouts deberían conocer, y muchas se parecen a las que practicamos nosotros.

Los árabes son siempre muy estrictos a la hora de saludarse.

La costumbre del saludo viene, como ya sabéis, de los viejos tiempos, cuando todo el mundo iba armado: al levantar la mano derecha cuando te cruzabas con otro hombre, querías mostrarle que no llevabas un arma en ella y que, por tanto, ibas en son de amigo.

Hoy ocurre exactamente lo mismo con los zulúes y otras tribus de Sudáfrica, que llevan garrotes y lanzas: cuando se encuentran con alguien, se pasan las armas a la mano izquierda y levantan la derecha para mostrar que está vacía y que no tienen intención de pelear.

Y lo mismo hacen los árabes.

Si un hombre a caballo se encuentra con otro a pie, el jinete saluda primero, porque está en una posición de más fuerza; lo justo es que el de a pie tenga el arma preparada hasta saber que el jinete viene en son de paz.

Del mismo modo, si un hombre está sentado y otro se le acerca, el que llega andando está en mejor posición para atacar, así que es él quien saluda primero para mostrar que viene como amigo.

Es de muy mala educación montar tu tienda cerca de la fuente de agua del campamento, porque parecería que te estás adueñando del manantial: cualquiera que quisiera usarlo tendría que pedirte permiso y podría ser atacado por ti al ir a por agua. Por eso un árabe monta siempre su tienda a cierta distancia del manantial, para dejar claro que es de todos.

Cuando un árabe llega a un campamento desconocido, se dirige a la tienda más grande, desmonta y va hacia el fuego alrededor del cual están sentados los habitantes del campamento. Entonces dice en voz alta:

—La paz sea con vosotros.

Y todos los que están sentados alrededor del fuego se levantan y responden:

—Y contigo la paz.

6. Bondad con los animales



Ley 6. Un scout es amigo de todos los animales.

EL SCOUT DEBE LIBRARLOS DEL DOLOR SIEMPRE QUE PUEDA, Y NO debe matar sin necesidad a ningún animal, aunque sea una mosca, porque es una criatura de Dios. Sí está permitido matar un animal para comer o un animal dañino.

Una cosa curiosa es que los animales y los niños parecen reconocer enseguida a un hombre bueno cuando se lo encuentran, y se hacen amigos suyos al momento. Y siempre he comprobado que los hombres más valientes son los más cariñosos con ellos.

Habréis visto que nuestros soldados en el frente y nuestros marineros en la Armada tienen sus animales domesticados y sus mascotas. Cuando estuve en Francia, vi muchas veces a nuestros hombres jugando con niños franceses entre sus casas en ruinas, cerca de la línea de fuego.

Todos eran muy buenos amigos, aunque apenas sabían una palabra del idioma del otro.

Igual que un caballero o un scout es caballeroso con las personas más débiles, también lo es con los animales.

Los animales son más débiles que nosotros en inteligencia y entendimiento, pero pueden ser muy afectuosos y cariñosos cuando aprenden que los seres humanos, aunque son lo bastante fuertes para hacerles daño, los tratan con cariño y bondad.

Y están siempre dispuestos a demostrar que aprecian ese cariño. Lo veis en cómo un perro, loco de alegría, da vueltas, mueve la cola y enseña los dientes como si sonriera cuando os ve, o en cómo vuestro caballo resopla buscando el azúcar que sabe que le vais a dar.

Así que da a los animales todo el cariño que puedas y haz que su vida sea feliz.

Muchos muchachos tienden a ser crueles simplemente porque no piensan: todavía no son lo bastante hombres y están, como dije antes, en la edad de las tonterías.

Pero un scout maduro y caballeroso con la gente lo será siempre también con los animales. Y es asombroso el placer que recibes a cambio, ya sea enseñando a tu perro a obedecer la más mínima señal o domesticando a un petirrojo para que sea tu amigo.

El otro día conocí al dueño de un garaje que pasaba por ser un hombre bueno y generoso porque había cedido a la Tropa Scout del pueblo un desván como local de reunión. Pero me demostró de verdad que era un buen hombre cuando me llevó a su salón y me enseñó su canario domesticado, que a una orden suya hacía toda una serie de trucos: le cantaba, respondía a sus silbidos, acudía cuando lo llamaba y le daba besos.

Además del interés de domesticar a un animal en cautividad, puedes pasarlo en grande y vivir muchas aventuras acechando y observando animales y aves silvestres y aprendiendo sus costumbres y sus hábitos. Cuanto más lo hagáis, cuanto más entendáis cómo están hechos y cómo hacen sus distintas tareas, mejor comprenderéis las maravillas de la naturaleza y del Creador.

La manera correcta de observar nidos

A quien estudia los pájaros se le llama ornitólogo. Mark Twain, el escritor norteamericano tan divertido y bondadoso, dijo:

«Hay gente que escribe libros sobre los pájaros y que los quiere tanto que es capaz de pasar hambre y cansancio por encontrar una especie nueva de pájaro... y matarlo.

»A esos se los llama ornitologistas.

»Yo podría haber sido un ornitologista, porque siempre he querido a los pájaros y a los animales. Y empecé a aprender a serlo. Vi un pájaro posado en una rama seca de un árbol alto, cantando con la cabeza echada hacia atrás y el pico muy abierto, y antes de pensarlo le disparé con mi rifle. Su canto se cortó de golpe y cayó de la rama, flojo como un trapo. Corrí y lo recogí: estaba muerto. Tenía el cuerpo tibio en mi mano y la cabeza le colgaba de un lado a otro, como si tuviera el cuello roto; una telilla blanca le cubría los ojos y una gota de sangre roja le brillaba en un lado de la cabeza. Las lágrimas no me dejaban ver nada.

»Desde entonces no he matado a ninguna criatura que no me estuviera haciendo daño, ni lo voy a hacer».

Un buen scout suele ser un buen «ornitologista», como se llamaba a sí mismo Mark Twain. Es decir, le gusta acechar a los pájaros y observar todo lo que hacen. Observándolos puede descubrir dónde y cómo construyen sus nidos.

A diferencia de muchos chicos, no quiere robarles los huevos, sino que le gusta observar cómo crían a sus polluelos y cómo les enseñan a

er solos y a volar. Aprende a distinguir cada especie por su canto y por su manera de volar; sabe qué pájaros se quedan todo el año y cuáles vienen solo en ciertas estaciones, qué comida prefieren, cómo cambian de plumaje, qué clase de nido construyen y cómo son sus huevos.

En Gran Bretaña están desapareciendo muchísimos pájaros porque muchos chicos se llevan todos los huevos cada vez que encuentran un nido.

Buscar nidos se parece mucho a la caza mayor: buscas en los lugares que frecuentan los pájaros que te interesan y, si observas, los verás entrar y salir volando del nido, y así lo encuentras. Pero luego no vayas a destrozar el nido y llevarte los huevos. Si de verdad eres coleccionista, coge solo un huevo y deja los demás, y no toques el nido, porque los padres lo abandonarían y los huevos, de los que quizá habrían salido pajaritos, se echarían a perder.

Mucho mejor que llevarse los huevos es hacer una fotografía o un dibujo de la hembra empollando en el nido, o reunir una colección de ilustraciones de los distintos nidos que construyen las diferentes clases de pájaros.

Dicen que Aberdeen, en Escocia, es un lugar especial para las alondras, y la razón es la siguiente.

Hace algunos años, a finales de marzo, llegó un vendaval muy fuerte con una tormenta de nieve, y toda la parte alta de la región quedó tan cubierta de nieve que los pájaros huyeron a las tierras bajas cerca de la costa. Los campos junto al mar estaban cubiertos de alondras.

Muchísima gente salió a atraparlas con liga, redes, trampas y escopetas. Se capturaron vivas una gran cantidad para mandarlas a los mercados de Londres y de otras ciudades.

Un caballero se encontró con un hombre que vendía una jaula llena de alondras. Estaban apiñadas de un modo terrible, todas aleteando ater-

rorizadas por su encierro y forcejeando unas contra otras en su ansia desesperada por escapar. Le dieron tanta pena que compró el lote entero y se las llevó a su almacén, donde pudo darles espacio de sobra, comida y agua.

Después se ofreció a comprar, a precio de mercado, todas las alondras que se capturaran para los mercados. Así reunió más de mil, y las metió en una habitación grande donde tenían una libertad relativa y comida en abundancia. Dicen que por las mañanas su canto era casi ensordecedor y que sobre la casa se juntaban bandadas de pájaros para escucharlas.

Por fin pasó el mal tiempo, el sol volvió a brillar y los campos se pusieron alegres y verdes. Entonces el buen hombre que había dado cobijo a los pájaros abrió las ventanas de la habitación, y todos salieron volando en un alegre tumulto, trinando y cantando mientras subían hacia el aire luminoso y tibio, o se alejaron aleteando hacia los campos y bosques cercanos.

Y allí construyeron sus nidos y criaron a sus polluelos, y por eso hoy se oye cantar a la alondra por todo Aberdeen.

Nidos de pájaros

En enero fui con un grupo de scouts a ver nidos de pájaros. Parece una época rara para hacerlo, pero en realidad fuimos a ver cómo se atrae a los pájaros para que vengan a anidar en el Santuario de Aves que hay cerca de Brentford, a las afueras de Londres.

Entramos en el gran bosque y enseguida nos vimos rodeados de pájaros: por todas partes se oían los reclamos, los trinos y los silbidos de cantores invisibles, y solo de vez en cuando alguno cruzaba volando el camino.

Entonces nos fijamos en que casi todos los árboles tenían a un lado una cajita, cerrada del todo salvo por un pequeño agujero redondo en la

parte delantera. Eran las «cajas nido»: cada primavera vienen los pájaros, hacen el nido en ellas y crían a su familia. Gracias a eso, el lugar está ahora lleno de pájaros cantores.

El hijo del señor Mark Webb, el guarda del santuario, que todavía es un muchacho, lo sabe todo sobre los pájaros que vienen allí y sobre sus costumbres, y conoce también todas las plantas y árboles que crecen en el bosque. Es un buen acechador scout, y se nota que se divierte mucho y que disfruta vigilando a los pájaros y sus costumbres.

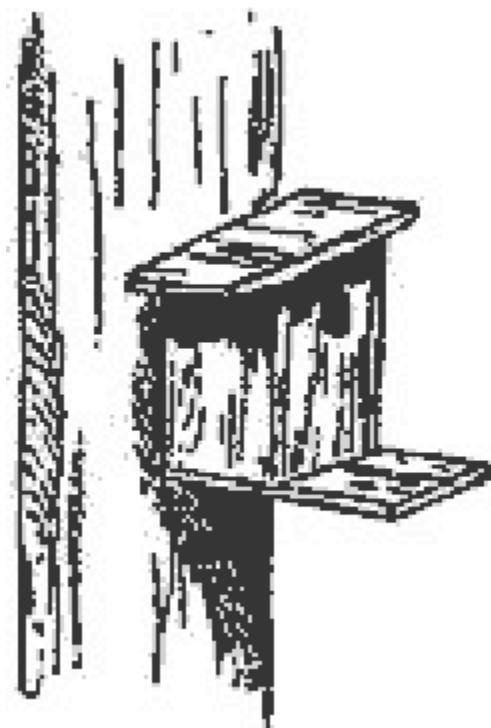
Pues bien, casi cualquier scout puede hacer lo mismo. Mi consejo es que, en cuanto podáis, hagáis una o dos cajas nido y las colguéis en los árboles. Así, cuando llegue el momento, tendréis la satisfacción de ver cómo algún pájaro raro viene a vuestra caja y cría allí a su familia.

La caja debe medir unas ocho o diez pulgadas de alto (entre 20 y 25 centímetros) por seis de ancho y seis de fondo, con el techo inclinado para que escurra la lluvia.

La entrada es un agujerito redondo u ovalado cerca de la parte de arriba de la caja, para que quede sitio suficiente para el nido en la parte de abajo.

Conviene poner en la parte delantera de la caja un pequeño listón para que se posen los pájaros, sobre todo los más jóvenes. Si puedes, pinta la caja con brochazos verdes y marrones para que se confunda con el tronco y las hojas del árbol; si quieres, ponle el nombre de tu Patrulla o de tu Tropa.

Después fíjala al tronco del árbol a unos seis pies (casi dos metros) del suelo, donde estará a salvo de ratas y serpientes, y lo más lejos posible del camino, si hay alguno cerca, para que los pájaros no se asusten con la gente que pasa. Si queda en el lado soleado, mucho mejor.



Los pájaros anidan en casi cualquier cosa que les ofrezca seguridad y abrigo; por ejemplo, una tetera vieja o una lata vieja son sitios que les encantan para anidar. Si echas todos los días unas migas o unos granos de maíz cerca de la caja, los pájaros se acostumbrarán y pronto la adoptarán como su hogar.

Cualquier scout que no tenga un árbol propio donde colgar su caja seguramente conseguirá permiso, si lo pide con educación, para ponerla en el bosque o el jardín de algún vecino o en un parque, e ir de vez en cuando a ver cómo va.

En la mayoría de las cajas, el techo o la parte delantera tienen bisagras para poder abrirse, pero no conviene examinar el nido una vez construido, porque los pájaros adultos lo abandonarían.

La migración de los pájaros

La migración de los pájaros, cuando cambian de lugar de residencia, sigue siendo un enigma para los naturalistas. Es asombroso ver cómo parece gustarles viajar, y nadie entiende por qué siguen ciertas rutas por el aire.

Por ejemplo, la reinita de cabeza negra americana pasa el verano en Alaska y el invierno en Sudamérica. Va por el camino más recto posible de Alaska a Brasil, volando sobre mar y tierra, y el golfo de México es, desde luego, un mar muy ancho. En cambio, la golondrina risquera, que también pasa el invierno en Brasil y el verano en el norte de Canadá, sigue una ruta muy distinta: vuela unas 2000 millas más para no pasar sobre el mar y va siempre por tierra, por Panamá, Nicaragua, Honduras, Guatemala, México y luego por los Estados Unidos.

Las distancias que recorren los pájaros en sus migraciones son enormes. Se sabe que algunas aves americanas viajan 8000 millas, y que una parte del viaje, 2500 millas sobre el mar, la hacen sin descansar.

Quizá te preguntes cómo sabemos que las aves recorren distancias tan grandes. Pues bien, muchos naturalistas y observadores atrapan pájaros jóvenes o cansados y los marcan poniéndoles en una pata una anilla pequeña con un número. Luego, otros naturalistas están atentos en otras partes del mundo y, cuando matan o atrapan un pájaro con uno de esos números, lo comunican.

La Universidad de Aberdeen marcó así una gran cantidad de pájaros, con una pequeña anilla de aluminio en una pata que llevaba la inscripción «Aberdeen University» y un número.

Un pato salvaje marcado en Escocia cayó en una red ese mismo año en Holanda.

De cinco frailecillos marcados en Aberdeenshire, cuatro murieron en Irlanda ese mismo año y otro en Portugal, a 1250 millas de distancia. Un zorzal marcado en Escocia fue cazado en Portugal el mismo año.

En Aberdeenshire se sacó de su nido a un pájaro joven, se le marcó, y menos de cinco meses después lo cazaron en Suecia.

Como veis, es interesante estudiar así los viajes de los pájaros. Los scouts pueden ayudar estando atentos: si alguna vez atrapáis un pájaro con anilla o sabéis de alguno, debéis comunicarlo al profesor A. Thompson, de la Universidad de Aberdeen, indicando el número de la anilla, la clase de pájaro, dónde se encontró y en qué fecha.

Estudiar a los animales

Sin duda, el jabalí es el más valiente de todos los animales; él es el verdadero «rey de la selva», y los demás animales lo saben. Si por la noche vigilas un abrevadero en la selva, verás que los animales que llegan se acercan arrastrándose con nerviosismo, mirando en todas direcciones en busca de enemigos escondidos. Pero el jabalí llega fanfarroneando, balanceando de un lado a otro su gran cabeza y sus colmillos relucientes; no pretende molestar a nadie, pero todos se inquietan al verlo, y hasta un tigre que esté bebiendo gruñe y se quita de en medio.

Muchas veces he pasado noches de luna en la selva observando a los animales, sobre todo a los jabalíes, y es tan divertido como salir a cazarlos.

He capturado y tenido en cautividad un jabalí y una pantera jóvenes, y me han parecido unos pillastres de lo más divertidos e interesantes. El jabalí vivía en mi jardín, pero nunca llegó a domesticarse del todo, aunque lo tenía desde que era una cría.

Venía cuando lo llamaba, pero con mucha cautela. A los extraños no se acercaba nunca, pero a un nativo se le echaba encima y trataba de rajarlo con sus pequeños colmillos.

Practicaba con los colmillos dando vueltas a toda velocidad alrededor del tronco de un árbol viejo del jardín: galopaba sin parar trazando ochos durante cinco minutos seguidos, y luego se dejaba caer de costado, jadeando por el esfuerzo.

Mi pantera también era un animal precioso y de lo más juguetón; me acompañaba como un perro, pero no era de fiar con los extraños.

Creo que uno llega a conocer y a entender mejor a los animales teniéndolos primero como mascotas y observándolos después en su vida libre y salvaje.

Pero, antes de ir a estudiar a los animales salvajes en la selva, todos deberíais estudiar en casa toda clase de animales, salvajes y domésticos. Estaría muy bien que cada scout tuviera algún animal, por ejemplo un poni o un perro, pájaros o conejos, o incluso mariposas vivas.

Todo scout debería saberlo todo sobre los animales domésticos que ve a diario. Debe saber todo lo necesario sobre los cuidados, la comida y la bebida de un caballo, cómo ponerle y quitarle los arreos, cómo meterlo en la cuadra y que no se le debe hacer trabajar cuando está cojo.

Caballerosidad con una oveja

Una señora paseaba por las colinas de Sussex con su anciano padre, que era inválido. De pronto vio, más abajo, unas ovejas encerradas en el redil, como suelen estarlo por la noche. Entre ellas había dos perros grandes, y los cuerpos de dos ovejas muertas daban fe del daño que ya habían hecho, mientras las demás, asustadas, se apiñaban esperando su turno.

La señora no sabía qué hacer: no quería dejar solo a su padre inválido mientras ella bajaba, y la pendiente era demasiado empinada para que él lo intentara.

Justo entonces aparecieron por allí cinco scouts bastante jóvenes; el mayor tenía trece años. Enseguida tomaron el asunto en sus manos y fueron a por los perros. Al verlos, los perros dejaron a las ovejas y se les echaron encima ladrando, y los scouts retrocedieron. Pero solo durante un minuto.

Celebraron un consejo de guerra, volvieron a avanzar con los bordones en la mano y esta vez lograron ahuyentar a los perros. Lo último que vio la señora fue a la pequeña y valiente patrulla, sin las mochilas, arrodillada junto a una pobre oveja tendida en el suelo. Después se marchó, convencida de que la oveja estaba en buenas manos.

La oveja se reanimó en unos segundos: le lavaron las sienes con agua, y también bebió un poco, que le sentó de maravilla. Pero aún no tenía fuerzas para ponerse de pie. ¿Qué hacer entonces?

Con las mochilas y los bordones improvisaron una camilla. Luego vino lo difícil: subir a la camilla aquel cuerpo tan pesado. Por fin lo consiguieron, y la procesión emprendió la marcha campo a través hasta la granja, que estaba a dos millas (algo más de tres kilómetros).

Cuando llegaron, los scouts ayudaron al granjero a darle los primeros auxilios —quizá mejores que los suyos— y emprendieron el camino de vuelta a casa.

Es una historia completamente verídica. ¿Qué habría pasado hace veinte años si unos chicos del pueblo hubieran visto a esos perros destrozando a las ovejas? Quizá habrían salido corriendo, tal vez en busca de ayuda; pero no estoy muy seguro de que no se hubieran quedado mirando, y hasta disfrutando un poco, pensando solo en la buena historia que tendrían para contar a sus amigos al volver a casa.

El Escultismo no solo ha enseñado a los chicos qué hacer en una emergencia, sino que ha enseñado, y sigue enseñando, a nuestros muchachos más pequeños a amar a las personas y también a los animales.

Lord Nelson en una corrida de toros

Esto es lo que escribió Lord Nelson sobre una corrida de toros a la que asistió en España:

«La plaza tenía capacidad para 1600 personas y había unas 1200. Los toros fueron elegidos y sacados de uno en uno. Sus adversarios eran tres jinetes a caballo y varios hombres a pie con capas. Tuvimos lo que podría llamarse una buena “fiesta”, pues murieron cinco caballos y dos hombres resultaron bastante malheridos; si hubieran muerto, el espectáculo habría sido completo.

»Sentimos lástima por los toros y por los caballos, y a mí no me habría disgustado ver a algunos de los “dones” (los españoles) volando por los aires, lanzados por los animales enfurecidos.

»Sorprende que las mujeres puedan quedarse sentadas viendo semejante espectáculo, y más aún aplaudirlo. A nosotros mismos nos revolvió el estómago y apenas pudimos mirarlo: los caballos destripados y muertos y los toros cubiertos de sangre eran demasiado. Hemos visto una corrida de toros y estamos de acuerdo en que nada en el mundo nos convencerá de ver otra».

Eso escribió Nelson, el héroe de tantas batallas terribles. Y demuestra hasta qué punto a un hombre acostumbrado a ver sangre y muerte puede parecerle horrible lo mismo cuando se hace por deporte, a costa del sufrimiento de pobres animales.

Los scouts deben recordarlo cuando traten con animales y sentir lo mismo que sintió Nelson, el príncipe de los Scouts marinos.

Un buen scout joven

Me encontré con un joven Guía de Patrulla que iba con prisa, sin duda de servicio. Le pregunté adónde iba y me respondió que a reunir a su patrulla, que por entonces solo tenía tres miembros, para ir a buscar a tres novatos que se unieran de inmediato, porque tenían entre manos un trabajo serio.

Después supe por su padre en qué consistía ese trabajo serio. La patrulla había descubierto a un grupo de chicos que torturaban ranas inflándolas al soplarles con pajitas. Los scouts no eran lo bastante fuertes para detenerlos, pero fueron a ver al policía y le preguntaron si podían tomarse la justicia por su mano e ir a por aquellos chicos. El policía dio su permiso, y ahora iban a reunir a toda la patrulla para atrapar a los torturadores y poner fin al martirio de las ranas.

Más tarde me enteré de que lo habían conseguido.

7. Obediencia



Ley 7. Un scout obedece las órdenes de sus padres, de su Guía de Patrulla o de su Jefe de Tropa sin replicar.

AUNQUE RECIBA UNA ORDEN QUE NO LE GUSTE, UN SCOUT DEBE cumplirla como lo haría un soldado o un marinero, o como si se la diera su entrenador en un partido de fútbol. Debe obedecer de todos modos, porque es su deber. Después de obedecer, puede ir a exponer sus razones en contra, pero la orden tiene que cumplirla de inmediato. Eso es disciplina.

Juega el juego

Imagina que juegas de extremo en un partido de fútbol. Tienes el balón y un buen hueco para lanzarte a una carrera, cuando de repente oyes a tu capitán gritarte: «¡Al centro!». ¿Qué harías? ¿Seguir con el balón o pasárselo al delantero centro?

Por supuesto, obedecerías al capitán y se lo pasarías.

¿Por qué?

Porque sabes que si cada jugador jugara para su propia diversión y su propia gloria, su equipo no ganaría nunca: sería un desbarajuste.

Para evitarlo, cada jugador tiene asignado un puesto en el campo, y el capitán, que está colocado donde mejor puede ver cómo se desarrolla el partido, da las indicaciones que ayudarán a su equipo a ganar.

Naturalmente, el éxito depende de que cada jugador obedezca las órdenes del capitán con eficacia y de buena gana.

Y este sistema no da buenos resultados solo en el fútbol o en el hockey, sino en todos los juegos de la vida.

Ahora lo vemos a gran escala en el frente, en el gran juego de la guerra, donde los hombres obedecen las órdenes de su capitán no solo cuando les conviene, sino muchas veces cuando eso significa peligro o muerte para ellos. Pero al hacerlo saben muy bien que, aunque se sacrifiquen, están ayudando a su bando a ganar. Y ese es justo el espíritu con el que hay que jugar el juego de la vida.

Así que acostumbraos a obedecer las órdenes, aunque sea en cosas pequeñas, os guste o no cumplirlas. Si lo practicáis a diario en asuntos menores, como obedecer a vuestros padres en casa o a vuestro Guía de Patrulla cuando salgáis de excursión, la obediencia se os volverá algo natural en los deberes más importantes de la vida. Entonces vuestros compañeros y superiores os considerarán hombres valiosos, a los que se puede confiar un puesto y que juegan el juego respetando las reglas y obedeciendo a su capitán, no para su propia gloria, sino para que gane su equipo.

Disciplina británica

Hace ciento treinta años, cuando Gibraltar sufría el asedio de franceses y españoles por mar y por tierra, las tropas inglesas que defendieron valientemente la plaza durante tres largos años fueron por fin socorridas por la

flota de la metrópoli. Aunque muchos querían rendirse y estaban hartos de todo aquello, el general Elliot, comandante de la guarnición, mostró una determinación tan tenaz y exigió una disciplina tan estricta que logró mantenerla unida.

Sus medidas de defensa dieron tan buen resultado que todos los hombres comprendieron que el camino hacia la seguridad y el éxito pasaba por obedecer estrictamente sus órdenes. De hecho, fue un caso en que la obediencia ganó la batalla. Los soldados admiraban y querían al viejo general por su tenacidad, su humanidad y su sentido del humor.

En una ocasión, un hombre se atrevió a desobedecer una orden. Cuando lo llevaron ante el comandante, el general dijo que un hombre capaz de desobedecer una orden en un momento tan crítico no podía estar en su sano juicio: tenía que estar loco. Así que ordenó que se le aplicara al culpable el tratamiento establecido para los locos: había que raparle la cabeza, aplicarle ampollas, sangrarlo y encerrarlo en una celda acolchada a dieta de pan y agua; además, se rezaría por él en la iglesia.

Pues bien, el general tenía razón. Si un hombre no es capaz de obedecer las órdenes cuando todos están en peligro, es que está loco. Pero a un hombre le resulta difícil obedecer en esos momentos si nunca aprendió a hacerlo en tiempos normales; por eso en el Ejército y en la Armada se mantiene una disciplina tan estricta en tiempos de paz.

A los hombres se les enseña a obedecer con el mayor cuidado y sin vacilar hasta las órdenes más pequeñas, hasta que adquieren tal costumbre que, cuando reciben una orden importante y peligrosa, la cumplen sin rechistar. Y cuando se puede confiar en que todos obedecerán, al comandante le resulta fácil maniobrar con sus tropas, llevarlas a la batalla y tener alguna posibilidad de éxito.

¿Recordáis la historia que os conté en *Escultismo para muchachos* (*Scouting for Boys*) sobre el *Birkenhead*, el barco en el que los soldados

dieron un ejemplo tan espléndido de disciplina y obediencia? El barco llevaba 630 soldados con sus familias y 130 marineros. Una noche, cerca del cabo de Buena Esperanza, chocó contra una roca y empezó a partirse.

Inmediatamente, los soldados, a medio vestir porque acababan de saltar de sus hamacas, formaron en cubierta.

A unos se les mandó sacar los botes y subir a ellos a las mujeres y a los niños; a otros, ir a por los caballos, sacarlos de las cuabras y bajarlos al mar para que tuvieran la oportunidad de llegar nadando a tierra.

Cuando todo eso estuvo hecho, se descubrió que no había botes suficientes para todos. Así que se ordenó a los hombres que se mantuvieran formados en cubierta, mientras las mujeres y los niños se alejaban del barco que se hundía, con un grupo de hombres a los remos.

Los botes no se habían alejado mucho cuando el barco se partió en dos y empezó a hundirse. El capitán gritó a los hombres que saltaran al mar y se salvaran como pudieran, pero el coronel Seaton lo interrumpió y ordenó a sus hombres que se quedaran donde estaban y no rompieran filas, porque se dio cuenta de que, si nadaban hacia los botes e intentaban subir a ellos, probablemente los hundirían también.

Así que los hombres siguieron formados mientras el barco se volcaba y se hundía; lanzaron vítores y se fueron a pique con él.

De los 760 que iban a bordo solo se salvaron 192, y hasta estos se habrían perdido de no ser por la disciplina y el sacrificio de los demás, que obedecieron la orden de mantenerse en filas y no intentar llegar a los botes.

Ya veis el valor que tiene la disciplina en una crisis difícil o en un momento de peligro.

El gran duque de Wellington, que fue comandante en jefe del Ejército británico, al describir aquel acto heroico del *Birkenhead*, elogió mucho la disciplina de los hombres, pero no su valentía. Habían sido valientes, sí,

pero él consideraba que todos los británicos son valientes por naturaleza. La disciplina es otra cosa: hay que aprenderla.

En una batalla o ante un gran peligro, un hombre valiente puede ser muy útil; pero si solo hace lo que le da la gana, no vale ni la mitad que otro que, además de ser valiente, ha aprendido a obedecer al instante cada orden.

Fijaos en los bomberos cuando trabajan. Todos son valentísimos y a todos les gustaría estar en lo alto de la escalera luchando contra las llamas, pero la disciplina los reparte en tareas distintas: cada uno cumple con su puesto, obedece las órdenes y hace su parte para que se apague el fuego, no para ganarse una gloria especial ni por satisfacción personal.

Hasta en la calle hay disciplina. El policía dirige el tráfico para que todos los vehículos que circulan en un sentido vayan por un lado de la calle y los que van en sentido contrario puedan seguir por el otro. Pero si el conductor de un ómnibus no tuviera ganas de obedecer y se lanzara a su aire, sin importarle por qué lado iba con tal de ir el primero, enseguida habría accidentes y atascos, y todo el tráfico se desbarataría.

Si trabajas en una empresa con mucha gente, por el bien de todos conviene que obedezcas las órdenes de quienes tienen más autoridad que tú. Si los jefes pueden estar seguros de que sus empleados cumplirán sus órdenes, podrán llevar bien los asuntos.

La disciplina es necesaria en todas partes, pero hay que aprender a practicarla de joven y en cosas pequeñas para ser capaz de hacerlo cuando llegue el momento de una gran dificultad o un gran peligro. Para eso hace falta, en primer lugar, saber dominarse a uno mismo.

Un soldado no va a la batalla porque le guste. Es un lugar peligroso y siente ganas de huir; pero se domina y se dice: «Tengo que ir, porque, me guste o no, es mi deber».

Cuando sus oficiales le ordenan atacar al enemigo, probablemente le entren todavía más ganas de salir corriendo en dirección contraria, pero se domina y se dice: «Tengo que obedecer las órdenes de mis oficiales».

Los oficiales obedecen las órdenes del general, y así todo el ejército se pone en marcha para atacar, simplemente por espíritu de disciplina: cada hombre está dispuesto a hacer su parte para que, aunque él pierda la vida, su bando gane la batalla.

Lo mismo debe pasaros a vosotros cada día. Tendréis obligaciones que cumplir aunque, por el contrario, os apetezca hacer lo que os dé la gana, como poneros a jugar; pero tendréis que mandaros a vosotros mismos y obligaros a cumplir primero con vuestro deber y divertirlos después.

Cuando lo consigáis, cuando obedezcáis siempre de buena gana y con prontitud las órdenes de vuestro jefe, en las cosas pequeñas y en las grandes, pronto veréis que se ha convertido en una costumbre y no en una molestia. Y cuando llegue el momento de cumplir una orden difícil o peligrosa, podréis hacerlo al instante, sin titubear y con pleno éxito por el bien común, es decir, por el bien de tu empresa o de tu país, sin pensar en la dificultad o en el peligro que corres.

Para los scouts, su «deber» es hacer cada día una buena acción a alguien. Su «disciplina» consiste en mandarse a sí mismos hacerla, aunque resulte pesada o peligrosa y no haya nadie para verlo. La haces porque es tu deber y porque se confía en que la harás bajo tu palabra de honor.

Un scout desobediente

En la guerra de Sudáfrica tuve en mi tropa a un explorador valiente. Era un hombre con coraje y un explorador muy activo, pero no se le daba bien obedecer órdenes, y al final eso le costó la vida y echó a perder nuestros planes.

Nos llegó la noticia de que se acercaba una fuerza enemiga que no sabía que estábamos en aquella parte del país. Así que nos escondimos con la intención de sorprenderlos y capturarlos cuando llegaran.

Las órdenes eran no hacer el menor ruido y que nadie se dejara ver. Todos las cumplieron fielmente, menos este explorador. Creyó saber más que los demás y se escabulló sin que nadie lo viera para ir a observar al enemigo que se acercaba.

Al poco vio a un explorador enemigo y le disparó; el otro le devolvió los disparos, y tras un breve duelo ambos cayeron heridos de muerte.

Pero el ruido de los disparos alertó a las fuerzas enemigas. Acudieron más hombres al lugar y, al encontrar allí al explorador británico, supusieron, como es lógico, que había más en los alrededores. Así que tomaron todas las precauciones y enviaron exploradores en todas direcciones; siguiendo nuestras huellas, acabaron por descubrir nuestro escondite y avisaron a los suyos, que así pudieron escapar.

Si mi explorador hubiera aprendido de niño a obedecer órdenes, aquel día las cosas habrían sido muy distintas para él, para nosotros y para el enemigo.

Un texto scout

He aquí un texto que puede ayudar a los scouts a disciplinarse a sí mismos:

Masca chicle si tus mandíbulas necesitan ejercicio.

Este es el consejo que un comerciante que se había hecho a sí mismo dio a su hijo. Quería decirle que no hay que ejercitar las mandíbulas hablando

si no se tiene nada importante que decir; que no hay que hablar por hablar y, sobre todo, que no hay que discutir cuando se recibe una orden.

Como sabéis, a los chicos les encanta hacer un montón de preguntas tontas. Antes de hablar, pensad si lo que vais a decir es realmente necesario; si no lo es, no malgastéis palabras ni la atención de los demás. Y si sentís que tenéis que mantener la mandíbula en movimiento, nuestro amigo americano os dice: «Masca chicle».

El rey silencioso de Ashanti

En la expedición de Ashanti, en la Costa de Oro, en África Occidental, cuando capturamos al rey Prempeh, llevaba en la boca una especie de nuez que parecía un puro grande y grueso. Descubrimos que lo hacía para no hablar demasiado.

Si le entraban ganas de hacer algún comentario sin sentido, o de soltar una opinión precipitada en el calor de una discusión, no podía hacerlo sin sacarse antes de la boca aquel estorbo, y eso le daba tiempo para pensarse dos veces lo que iba a decir.

Creo que no estaría mal que todos los gruñones llevaran en la boca una nuez de esas, para que, cuando de repente quisieran soltar una sarta de insultos, tuvieran tiempo de pensar y frenarse.

Scouts gritando en Wimbledon

Me contaron que una señora que pasaba por el parque de Wimbledon Common se cruzó con un grupo de Boy Scouts. Supo dónde estaban por el tremendo alboroto que armaban. Como era la mujer de un dirigente y sabía mucho de Escultismo, se acercó a los scouts y les dijo justo lo que yo

les habría dicho: que, si no practican el silencio en todo momento, se les olvidará guardarlo en alguna ocasión importante y se delatarán.

Los scouts deben hablar en voz baja y sin hacer ruido, y también moverse en silencio y con ligereza.

Recordad que en un día tranquilo, o de noche, los pasos pesados se oyen desde muy lejos, incluso en el campo, y mucho más en una calle o en una casa. Así que practicad siempre a pisar con suavidad y sigilo, y pronto adquiriréis la costumbre de los scouts de moverse sin que nadie los oiga.

Supe de un oficial en el frente que lamentaba que dos antiguos scouts que tenía con él hubieran muerto o caído heridos. Había comprobado que los soldados corrientes no sabían moverse en silencio de noche, así que no le servían. ¡Ahora tiene a un antiguo ladrón como la mejor opción después de un antiguo scout!

8. Alegría



Ley 8. Un scout sonríe y silba ante cualquier dificultad.

CUANDO RECIBE UNA ORDEN, DEBE CUMPLIRLA CON ALEGRÍA Y de buena gana, y no a regañadientes, como un perro apaleado.

Los scouts nunca protestan por los trabajos duros ni se quejan unos de otros, ni sueltan palabrotas cuando algo les sale mal, sino que siguen sonriendo y silbando. Cuando pierden un tren, o cuando alguien les pisa su callo preferido —no es que los scouts tengan callos—, o en cualquier otra situación desagradable, deben obligarse a sonreír enseguida y luego a silbar una melodía, y así se sentirán bien.

El castigo por jurar o decir palabrotas es que, por cada falta, cada uno de los demás scouts le eche al culpable una taza de agua fría por la manga. Es el castigo que inventó el viejo explorador británico capitán John Smith hace trescientos años.

Cuando estuve de acampada con mis scouts en Humshaugh, en Northumberland, un noble que vivía cerca nos invitó a visitar su castillo. Era una torre antigua y preciosa, muy bien conservada en el estado en que estaba cuando formaba parte de las defensas de la frontera con Escocia. Arriba del todo estaba la plataforma de combate, desde donde los arquer-

os disparaban sus flechas y los artilleros sus culebrinas. En el piso de abajo estaban las habitaciones donde vivía la familia, y más abajo, los alojamientos de los hombres de armas. En la planta baja estaban los establos, donde se metía el ganado para protegerlo cuando el enemigo andaba cerca. Todavía se conservaban los rastrillos que cerraban la entrada; se subían y bajaban con cuerdas y poleas cuyas palancas se manejaban desde un piso superior.

Más tarde, en tiempos más pacíficos, durante el reinado de Jacobo I, se construyó una casa junto a la torre para que sus habitantes tuvieran más espacio.

En el vestíbulo de esa casa había una noble chimenea con una repisa de roble tallado, muy trabajada, que representaba las siete virtudes cristianas. Había pequeñas estatuas de la Fortaleza, la Caridad, la Fe, etc.: todas las buenas cualidades que un cristiano debe tener y practicar. Pero, después de verlas todas, sentí que faltaba una virtud, y les hice notar a los chicos que se pueden practicar las siete buenas cualidades de un cristiano sin hacerlo de la mejor manera. Uno puede ser generoso, servicial, caballeroso y todo lo demás porque se lo mandan; pero si lo hace solo porque es una orden, y por eso lo hace quejándose, la mitad de su valor se pierde.

Lo importante es que, cuando sabéis qué es lo correcto, os apresuréis a hacerlo con alegría y con una sonrisa. Por eso creo que los scouts debemos añadir una más a esas siete virtudes cristianas: la alegría.

Así tendremos otro buen motivo para estar contentos.

¿Os habéis fijado alguna vez, al ir por la calle, en lo poca gente que parece feliz de verdad? Muchos van con la mirada baja, casi siempre con cara de preocupación y seriedad; si alguien se dirige a vosotros con una sonrisa, es un gran alivio y os sentís un poco más felices.

Ahí tenéis otra buena razón para que un scout vaya siempre con una sonrisa: hace felices a los demás.

No siempre os sentiréis alegres, pero no debéis demostrarlo, porque eso pondrá de mal humor también a los demás. Si os esforzáis por parecer alegres, poco a poco veréis que os vais volviendo más animados.

Si estáis preocupados, enfadados o con dolor, haced el esfuerzo de sonreír. Al principio os costará; aun así, esforzaos, y para vuestra sorpresa veréis que el disgusto no es tan grande como creáis.

He visto a hombres en combate muy angustiados cuando se cernía sobre ellos un gran peligro. Pero si uno empezaba a reír y a hablar con alegría, o a silbar, la nube pasaba, todos levantaban la cabeza y estaban listos para hacer frente a la situación.

Eso es lo que hace a nuestros hombres tan formidables en la guerra actual. A pesar de las grandes pérdidas y de los ataques abrumadores que sufren, han mantenido alta la moral y, con ella, el ánimo. Muchas veces ese ha sido su secreto para sobreponerse, y será su secreto para salir victoriosos al final.

Recordad esto, que yo he comprobado que es verdad en cientos de casos:

«Una dificultad deja de serlo en cuanto le sonríes de frente y te lanzas contra ella».

La sonrisa de un scout

Durante una de mis visitas a Birmingham, asistí a una reunión de los scouts de allí. Además de su buen trabajo, me impresionó su alegría. En la portada de su programa estaban impresos los retratos de ocho de sus scouts más destacados, y todos ellos lucían una gran sonrisa.

Pues eso es lo que me gusta ver: chicos que saben trabajar y trabajar contentos. Es justo lo que están haciendo nuestros hombres en el frente.

El otro día leí una carta de un oficial que contaba la vida miserable que llevan los hombres metidos en las trincheras: siempre helados, mojados y cubiertos de barro, y sin parar de recibir disparos y bombardeos. Aun así, daban la bienvenida a los obuses como si fueran amigos y les ponían apodos como Jack Johnson, Black Maria, Woolly Bear, etc. Él decía de ellos:

«Si me preguntaran qué es lo que más me ha impresionado, diría que la maravillosa alegría de unos hombres que viven en condiciones tan horribles. Todos parecían felices. Siempre están dispuestos a hacer un chiste y le encuentran la gracia a todo».

Por eso vamos a vencer en esta guerra: porque nuestros hombres ven el lado bueno de las cosas y se las toman con alegría y esperanza, incluso en las peores circunstancias. Y esa es también la manera de triunfar en tiempos de paz, ya sea haciendo nuestro trabajo o pasando penalidades o desengaños.

Luchando desde una silla

Un pequeño consejo que di a los scouts de Birmingham fue que, si alguna vez echan una carrera con un perro, no le quiten la vista de encima y no se pongan a mirar otras cosas. Yo mismo fui un ejemplo de «cómo no hay que hacerlo»: estaba echando una carrera con mi perro, en pantalón corto; él vio que yo miraba a mi alrededor, se me metió de repente entre las piernas y me tiró al suelo. Así que tuve que ir a Birmingham con una rodilla vendada y con dos bastones.



No le quites la vista de encima al perro

Pero lo que vale para una carrera con un perro vale también para otras competiciones de la vida. Cuando empecéis a hacer algo, mantened la atención fija en lo que estáis haciendo y no dejéis que se os vaya a otras cosas; si no, podríais salir trasquilados.

Es un pequeño inconveniente pasar revista a los scouts con una piedad fuera de combate, pero yo no hacía más que seguir el ejemplo de otros scouts.

Ahí está Bob Miller, un scout de Whitby, que cuando perdió una pierna por una bomba alemana se lo tomó con buen humor. Me escribió que sentía que era un honor ser el primer scout herido en acto de servicio, y que quería seguir siendo scout pese a haber perdido una pierna.

Otro scout, que perdió un ojo por culpa de un novato atolondrado que jugaba con una pistola, me escribió diciendo que podía seguir siendo tan buen scout con un ojo como con dos. Ese es el espíritu de los scouts.

Además de estos, tengo otro ejemplo en el frente: un hombre que lleva mi mismo apellido, el comandante H. G. Powell. Había dejado el Ejército hacía unos diez años, pero cuando estalló la guerra volvió a su antiguo regimiento. Al avanzar en un ataque se torció el tobillo. Aun así, consiguió una silla en una cabaña cercana y siguió cojeando al frente de sus hombres; cuando se detenían, se sentaba y dirigía las operaciones desde la silla. Siguió así hasta que cayó gravemente herido, y pudieron ponerlo a salvo sentado todavía en su silla.

Lo único malo

La señora Scoresby Routledge, una dama muy conocida en el mundo scout, me escribió para contarme que, viajando por el Pacífico, se había encontrado con scouts en toda clase de lugares inesperados. Después de hablar muy bien de ellos, añadía que lo único malo de los scouts es que silban.



Señalaba que mucha gente sufre ya con el ruido de las calles de nuestras ciudades, sobre todo los enfermos y las personas débiles. Hasta los

Espero que los scouts, cuando vayan por la calle, lo tengan en cuenta y silben más bajito, como buena acción hacia las personas a las que pueda molestar.

Al mismo tiempo, no hace falta que os recuerde que es bueno silbar y sonreír ante una dificultad, cuando de otro modo os pondríais a soltar palabrotas, a gritar de dolor o de pánico, o a liaros a puñetazos (o a patadas), según lo que os estuviera pasando.

He conocido a chicos que silbaban en momentos muy malos, en pleno combate, y sus silbidos no solo los mantenían tranquilos a ellos, sino que también hacían que los que estaban a su alrededor se sintieran tranquilos y contentos.

Cómo vivir muchos años

Supongo que todos los scouts que leéis esto sois chicos alegres y felices (¡faltaría más!). Pues si queréis llegar a los cien años, hay una manera de conseguirlo, y la dio alguien que lo logró: «Sé feliz y trabaja duro».

Eso dijo la señora Rebecca Clark, de High Road, en Wood Green, unos días antes de morir. Tenía cien años, así que debía de saberlo.

Creo que la mayoría de los scouts están haciendo exactamente lo que ella recomienda, así que en el año 2010 habrá 200 000 viejos de más de cien años dando saltos con las rodillas al aire y los sombreros raídos, cantando: «¡Muchachos, estad preparados!».

Una antigua inscripción

En Timgad, en Argelia, hay unas ruinas interesantes; entre ellas, las de un teatro y unos baños.

El teatro es enorme, al aire libre, con forma de herradura y gradas de piedra que suben como escalones una sobre otra, y en lo más alto, una fila de palcos privados.

El escenario es muy bello: está construido en piedra, con hermosas columnas de mármol y una pared de fondo, porque los romanos no usaban decorados pintados como nosotros. Detrás del escenario estaban los camerinos de los actores.

El teatro tenía cabida para 3400 espectadores, más que la mayoría de los teatros de Londres. Y como Timgad era solo una ciudad de provincias no muy grande, eso demuestra que a los romanos les gustaba el teatro tanto como a los ingleses de hoy les gusta el cine.

Igual de aficionados eran a los baños: solo en esa ciudad había doce baños públicos. Eran lo que llamamos baños turcos, es decir, salas a distintas temperaturas por las que había que ir pasando, de una templada a otra tibia o muy caliente y luego a otra más fresca y fría. A los romanos les encantaba tomar estos baños a diario.

Eso es pasarse con una cosa buena, porque puede debilitar a un hombre. Como sabéis, los romanos perdieron su Imperio porque se dejaron debilitar en cuerpo y alma por la pereza, por ir demasiado al teatro y por los baños calientes continuos.

Un habitante de Timgad grabó en una piedra lo que, en su opinión, era la mejor forma de ser feliz:

«Cazar, bañarse y reír: eso es vivir».

Hay mucho de verdad en lo que dice, porque para cazar hay que saber mucho del bosque y hacer ejercicio duro, y mantenerse limpio y estar alegre forma parte de la vida scout.

Pero se le olvidó mencionar algo muy importante para que la vida sea feliz, y espero que cualquier scout sepa decirme enseguida qué es. ¿Sabrías tú?

Se olvidó de la felicidad que da hacer una buena acción. Si hubiera cambiado su frase y la hubiera escrito así:

«Ser scout, bañarse, hacer una buena acción y sonreír: esa es la manera de vivir y ser feliz»,

habría dicho la verdad y habría descrito exactamente lo que hace todo Boy Scout.

No te pongas de espaldas al sol

Este es uno de los lemas scouts.

Todos los scouts saben que, cuando se examinan huellas en el suelo, normalmente hay que hacerlo de cara al sol, con las huellas entre el sol y vosotros: así se ven mejor.

Pero ese no es el sentido de este lema; tiene un segundo significado, más importante.

Quiere decir que, cuando estéis pasando por penas o desgracias, si hay alguna posibilidad de luz o de claridad, la busquéis y le saquéis todo el partido posible.

Si os entran ganas de quejaros de vuestra mala suerte porque os habéis lastimado una pierna y no podéis jugar un partido de fútbol, pensad en esos pobres lisiados que nunca han podido jugar.

Por mala que sea vuestra suerte, recordad que detrás de cada nube hay un fondo de luz. En alguna parte hay un brillo; solo tenéis que encontrarlo, y no le deis la espalda.

Cuando las cosas parezcan ir de mal en peor y todo el mundo esté desanimado, hacedos el propósito de mantener la esperanza cueste lo que cueste.

Buscad hacia dónde está la esperanza.

Recordad que san Pablo llamó a Dios el «Dios de la esperanza».

La esperanza os da ánimo y consuelo en los malos tiempos, y vuestra esperanza reconfortará a quienes os rodean y les dará fuerzas para seguir adelante.

Lord Roberts

Lord Roberts tuvo la mejor muerte que se podía desear para él. Murió en campaña, al son de los cañones, cumpliendo con su deber hacia su país, a los ochenta y dos años.

Lo conocí hace muchos años, en Simla, en la India. Yo acababa de ingresar en el Ejército y, en un baile, disfrutaba de toda la gloria de mi uniforme nuevo. Había ido a la sala de los refrescos a buscar algo para mi pareja, pero no conseguía que el sirviente nativo entendiera lo que quería, porque entonces aún no sabía nada de indostaní.

Un oficial muy bajito, pero muy cortés, que estaba a mi lado explicó amablemente al sirviente lo que yo quería. Luego me dijo que, si quería disfrutar de la India, debía aprender el idioma cuanto antes: si podía hablar con los nativos, disfrutaría más del país. Me preguntó mi nombre y dónde me alojaba.

Le di las gracias y no volví a pensar en ello hasta el día siguiente, cuando se presentó en mi casa un profesor nativo de idiomas que me dijo que sir Frederick Roberts lo había enviado ¡para darme clases!

Así que, como a todo el mundo, lo primero que me inspiró fue un aprecio sincero. Se había salido de su camino para ser amable con un jov-

en oficial del que no sabía nada. Pero él era así.

No hace falta que os cuente los comienzos de su carrera en el Ejército. Probablemente todos los scouts saben cómo, durante el motín de la India de 1858, el teniente Roberts ganó la Cruz de la Victoria. Había cargado con la caballería y perseguía a los amotinados que huían cuando vio que uno de ellos atacaba a un jinete nativo leal.

Roberts se lanzó al instante a socorrerlo y abatió de un sablazo al cipayo.

Mientras lo hacía, vio a otros dos cipayos que huían con una bandera de regimiento, y fue tras ellos, él solo y sin ayuda. Se apoderó del estandarte y abatió de un sablazo al hombre que lo llevaba. El otro le apuntó con el fusil a bocajarro y apretó el gatillo, pero el arma falló, así que dio media vuelta y huyó para salvar la vida.

En 1880, Lord Roberts hizo su famosa marcha en Afganistán, desde Kabul, para liberar Kandahar, que estaba sitiada por los afganos. Llevó consigo 10 000 hombres y recorrió las 320 millas (unos 515 kilómetros) en 22 días, toda una hazaña en aquel desierto montañoso tan difícil. Llegó a tiempo de liberar Kandahar y de infligir a los afganos una derrota muy importante. Por aquella espléndida victoria recibió el título de Lord Roberts de Kandahar.

En 1900 fue comandante en jefe de las fuerzas británicas en la guerra de los bóeres, en Sudáfrica. Allí volvió a dar muestras de determinación y de sacrificio.

Al ganar la Cruz de la Victoria demostró que, aunque era un hombre muy bajito —casi lo rechazan en el Ejército por su corta estatura—, tenía un gran valor. Y también un gran corazón.

Su valor y su dominio de sí mismo quizá se demostraron mejor cuando tuvo que obligarse a enviar a sus hombres a la muerte en las batallas, aunque los quería y los habría salvado con gusto si no hubieran estado en

juego el deber y el bien de su país. Fue en Sudáfrica donde sufrió la mayor desgracia de su vida: su único hijo murió intentando salvar los cañones en la batalla de Colenso.

Por su valentía en aquella ocasión, al joven Roberts se le concedió la Cruz de la Victoria a título póstumo. Muy pocas veces han ganado la Cruz de la Victoria un padre y un hijo.

También en Sudáfrica, Lord Roberts tuvo conmigo un gesto generoso: cabalgó muchas millas para salir a recibirme cuando llegué a Pretoria después del sitio de Mafeking.

Al volver a Inglaterra tras la guerra, Lord Roberts pasó a ser comandante en jefe del Ejército británico.

Cuando nació el Movimiento de los Boy Scouts, se interesó mucho por él, porque estaba muy orgulloso de los chicos y sabía lo útiles que podían ser para su país si recibían la formación adecuada.

Así que pasó a formar parte del Consejo de la Oficina Central de los Scouts y pasó revista a los scouts en un gran desfile en Hyde Park el Día del Imperio.

Cuando fui a pasar unos días con él, apenas hablaba de otra cosa que de los scouts, y en especial de los scouts de Ascot, fundados y organizados por su hija, lady Aileen Roberts, que era una gran amiga de los scouts.

Los scouts de Ascot formaron parte de la guardia de honor que escoltó su cuerpo por aquel lugar hasta donde iba a ser enterrado. En la catedral de San Pablo también me alegró ver una guardia de honor de scouts que habían ido a rendir el último homenaje a nuestro héroe nacional.

Lord Roberts es un ejemplo espléndido para cualquier muchacho, porque llegó desde abajo hasta el puesto más alto del Ejército y, lo que es más, hasta el lugar más alto en la admiración y el cariño de todos sus compañeros súbditos del rey, ya fueran blancos o de color. Y todo lo consiguió

por sus propios méritos, aunque de chico no fue especialmente brillante ni listo.

¿Cómo lo consiguió?

Creo que se debió en gran parte a que era un verdadero scout, en todo el sentido de la palabra. Lo que le llevó al éxito fue:

- Su valor para afrontar con alegre esperanza toda clase de dificultades y peligros.
- Sus ganas de trabajar duro y de cumplir con su deber sin fijarse en si le gustaba o le apeteecía.
- Su honradez y su rectitud, que hacían que todos confiaran en él y le creyeran.
- Su humildad, que le hacía ponerse al mismo nivel que todos, sin ningún tipo de orgullo ni de fanfarronería, a pesar de su brillante éxito.
- Su bondad y su consideración hacia los demás, sobre todo hacia los que estaban al pie de la escalera, que fue uno de los secretos de su éxito: quienes trabajaban a sus órdenes se entregaban a él como esclavos, porque lo querían.
- Su fe sencilla en Dios, que lo guio con verdad y rectitud a través de todas las dificultades.

Pues bien, al leer esto veréis que, al hacer estas cosas en su vida diaria, Lord Roberts estaba cumpliendo exactamente la Ley Scout. Y eso es lo que vosotros, como scouts, ya intentáis hacer.

Así que, ahora que tenéis delante su gran ejemplo, solo tenéis que seguir adelante y aferraros a él con toda la determinación de que seáis capaces, como Lord Roberts, para ser un compañero alegre y valiente y un hombre valioso para vuestro país.

9. Economía



Ley 9. Un scout es económico

SE ESPERA QUE TODOS LOS SCOUTS GUARDEN CADA CÉNTIMO QUE puedan y lo pongan en el banco. Así podrán valerse por sí mismos cuando se queden sin trabajo, en lugar de convertirse en una carga para los demás, o podrán dar dinero a otros cuando lo necesiten.

Hoy hay muchos scouts que, con los años, llegarán a ser hombres muy ricos aunque empiecen con muy poco. Es algo seguro, porque una buena parte de ellos están decididos a hacer fortuna, y el muchacho que empieza siendo ahorrador suele conseguirlo al final. El que empieza a ganar dinero de niño seguirá ganándolo cuando sea un hombre. Por supuesto, algunos quieren hacerlo por la vía fácil, y eso, por regla general, no sale a cuenta.

Algunos creen que harán fortuna apostando a las carreras de caballos o a los partidos de fútbol. Puede que de vez en cuando ganen unas monedas, pero podéis estar completamente seguros de que perderán la mitad de las veces. Es una manera muy tonta de intentar ganar dinero, porque los que recogen las apuestas y viven de ello confían en que siempre habrá suficientes tontos que sigan apostando y llenándoles los bolsillos.

Ese dinero no se ha ganado con el trabajo, sino por azar; por eso, para un muchacho con ideas de hombre, no vale la pena tenerlo.

Infinidad de muchachos pobres han llegado a ser hombres ricos, pero porque se lo propusieron desde el principio. Trabajaron para conseguirlo y, para empezar, metieron en el banco cada céntimo que ganaban.

Muchos chicos ya lo están haciendo, y espero que muchos scouts lo hagan también. Hay dos buenas reglas para labrarse un porvenir. La primera: «Gasta menos de lo que ganas». La segunda: «Paga al contado y no te endeudes».

Seguramente muchos de vosotros habréis oído hablar del martillo de vapor Nasmyth, que se usa en todas las grandes fundiciones de hierro.

Pues bien, de niño, Nasmyth trabajaba en el taller de su padre y pasaba buena parte de su tiempo libre en una fundición cercana. Allí aprendió a manejar las herramientas y a construir toda clase de maquetas de máquinas, igual que podéis hacer vosotros, los scouts que estáis trabajando para conseguir la insignia de especialidad de Ingeniero.

Construyó una maqueta de máquina de vapor tan grande que un hombre se la compró para mover una de las herramientas de su fábrica. Así empezó a ganar dinero vendiendo las máquinas que fabricaba en casa. Con el tiempo se fue a trabajar a un gran taller de ingeniería: era uno de los hijos de una familia muy numerosa, sabía que su padre no podía mantenerlos a todos y estaba resuelto a mantenerse a sí mismo.

Con el pequeño sueldo que ganaba de muchacho no le llegaba para pagar a alguien que le hiciera la comida, pero se fabricó su propia cocina y descubrió que, con su ayuda, podía vivir con diez chelines a la semana.

Trabajó tan bien en el taller que el patrón le subió el sueldo a quince chelines semanales. Pero como ya había encontrado la manera de vivir con diez, cada semana metía en el banco los cinco chelines sobrantes. En sus horas libres siguió fabricándose herramientas, hasta que pudo montar su

propio negocio con su dinero y sus herramientas, y por fin inventó su célebre martillo de vapor.

Para entonces tenía cuarenta y ocho años y había logrado unos grandes ingresos y una fortuna considerable. Muchos hombres no se habrían conformado con eso y habrían seguido hasta hacerse millonarios. Nasmyth no: se dio por satisfecho con retirarse del trabajo duro con dinero suficiente para comprarse un hogar feliz, donde se dedicó a construir telescopios, a estudiar astronomía y a hacer el bien a personas menos afortunadas que él.

A los muchachos que querían triunfar en la vida les daba este buen consejo:

«Si tuviera que resumir en una frase toda mi experiencia y ofrecérsela a un joven como receta segura para triunfar en cualquier puesto que ocupe, sería esta: primero el deber y después el placer».

«Por lo que he visto, estoy convencido de que lo que muchos llaman mala suerte se debe, en nueve de cada diez casos, a que invierten esa máxima: satisfacen primero su placer y atienden después al trabajo y a la obligación».

Un pobre jornalero del campo se hizo rico escribiendo poesía. Se llamaba Stephen Duck y era conocido como «el poeta trillador». Por desgracia, unos cuantos trabajadores más, al ver su buena fortuna, pensaron también que escribir poesía era una manera más fácil de ganar dinero que el trabajo duro. Horace Walpole escribió de Duck que «triunfó como poeta, pero también consiguió echar a perder al menos a veinte buenos trabajadores».

Pocos hombres hay que no se hayan creído, en algún momento de su vida, unos poetas espléndidos. Espero que esto les sirva de advertencia y

que se queden con el trabajo duro como medio para llegar a algo en la vida.

El hombre que «no lo soltó»

Lord Strathcona empezó su vida como un chico pobre en Escocia y acabó siendo uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña; y no solo rico en dinero, sino también en la admiración y el cariño de muchísimos de sus colegas y compatriotas.

Cuando tenía dieciocho años y todavía era simplemente Donald Smith, se marchó a Canadá y entró en la Compañía de la Bahía de Hudson. Esta compañía compraba pieles a los indios y a los tramperos, y sus puestos comerciales estaban en lugares muy lejanos y apartados, para estar cerca de los terrenos de caza de esa gente.

Además, como no se podía confiar en los indios pieles rojas, los puestos eran fuertes con guarnición, preparados para defenderse en caso de ataque.

Al joven Smith lo destinaron a un lugar llamado Mingan, allá arriba, en el noreste de Canadá, en el Labrador, una región fría, desierta y triste.

Al cabo de un tiempo allí, los ojos empezaron a darle muchos problemas y temió quedarse ciego. No había ningún médico ni nadie a quien consultar, así que emprendió el camino de vuelta a Montreal para que lo viera un doctor. Llevó como guías a dos mestizos.

Durante semanas avanzó a duras penas por aquellas tierras salvajes y terribles, entre la nieve y la ventisca, pero al final llegó a Montreal.

¿Creéis que lo recibieron como a un héroe?

Ni mucho menos. Sus jefes se volvieron contra él por haber abandonado su puesto sin permiso y le ordenaron que regresara inmediatamente.

Al principio se enfadó tanto, como nos habría pasado a muchos de nosotros, que llegó a pensar en mandarlo todo a paseo y dejar la Compañía de la Bahía de Hudson.

Pero, pensándolo mejor, comprendió que, después de todo, sus jefes tenían razón. Lo habían puesto allí para encargarse de unos almacenes valiosos y de un trabajo importante; su deber era quedarse en su puesto y no marcharse a las zonas civilizadas por su propio bienestar.

Así que aceptó la reprimenda y emprendió el largo y penoso viaje de vuelta a su sombrío puesto del Labrador.

Por suerte, había podido ver a un médico que le curó los ojos.

Fue un viaje espantoso, tan duro que sus dos guías sucumbieron y murieron.

Pero una vez más Donald Smith no se rindió: siguió luchando y, al final, destrozado y agotado, se las ingenió para llegar a su puesto.

No soltar su empeño fue precisamente el secreto de su éxito. Durante trece años se mantuvo firme en su puesto en aquella región terrible. Entonces sus jefes vieron que cumplía su deber con tanta firmeza que lo ascendieron a un cargo más alto y de más responsabilidad, y luego a otros, hasta que llegó a ser director general, o *Chief Factor*, de la Compañía.

Después surgió la idea de construir el Ferrocarril del Pacífico Canadiense de un extremo a otro de Canadá.

La gente decía que era un proyecto disparatado, que un ferrocarril nunca sería rentable en aquellas inmensas tierras salvajes, que por entonces ni siquiera se habían explorado como es debido.

Pero Donald Smith miraba al futuro. Previó que llegaría un tiempo en que Gran Bretaña estaría superpoblada y los colonos necesitarían tierras para cultivar grano y criar ganado.

Así que invirtió sus ahorros en el ferrocarril y trabajó duro para que saliera adelante.

Todo parecía ir en su contra. Pero no lo soltó y luchó contra todas las dificultades, hasta que al final salió victorioso.

La mayoría de los hombres dejan de trabajar entre los sesenta y los setenta años, pero Lord Strathcona no lo hizo. Siguió aferrado al trabajo veinte o treinta años más que la mayoría. Pocos días antes de su muerte aún estaba trabajando en su oficina (murió a los noventa y cuatro años).

Cada día se aferraba al trabajo en su oficina: llegaba a las once de la mañana, pero rara vez se iba antes de las siete, y a menudo se quedaba hasta las nueve.

Cuando todas las oficinas vecinas de Victoria Street habían apagado las luces y cerrado las puertas, la ventana de Lord Strathcona seguía brillantemente iluminada, tanto que los policías y la gente de los alrededores la llamaban «el Faro».

Ahora bien, ¿por qué seguía trabajando horas extra aquel hombre? No era por ganar dinero: tenía de sobra. Sencillamente, lo consideraba su deber y no lo soltaba.

Además de sus aventuras en Canadá y de su capacidad para aferrarse a su deber, Lord Strathcona era un buen scout, porque era bondadoso y servicial con los demás.

Durante la guerra de Sudáfrica corrió con todos los gastos para reclutar un regimiento que luchara por el rey. Y fue un buen regimiento, de soldados a caballo, al que se dio su nombre: el «Strathcona's Horse».

Los Boy Scouts también le debemos gratitud, porque en los primeros tiempos del Movimiento, cuando luchábamos por salir adelante, me dio quinientas libras para ayudar a poner en marcha nuestra hermandad.

Así que los Boy Scouts le debemos mucho a Lord Strathcona por esto, y también por habernos dado un ejemplo vivo de cómo un hombre debe aferrarse a su deber y ser bondadoso y servicial con los demás.

El dinero no lo es todo

No quiero que, por estas historias de muchachos pobres que triunfaron en la vida e hicieron dinero, penséis que para mí el dinero es la meta de vuestra vida. Solo deseo que ganéis lo suficiente para tener una posición, vivir felices hasta la vejez y mantener a vuestra familia sin tener que pedir ayuda a nadie.

Os voy a contar solo una historia más, la de un hombre pobre que hizo una fortuna distinta de la que da el dinero.

Este hombre, John Pounds, tenía un pequeño taller de reparación de zapatos en Portsmouth. Trabajaba duro y bien, así que la gente empezó a llevarle sus botas a arreglar antes que a otros zapateros remendones, porque con él el trabajo valía más lo que pagaban.

Pronto empezó a tener más dinero del que necesitaba para sus modestas necesidades. Pero no se compró una casa grande para vivir cómodamente. Hizo algo mejor.

Mientras trabajaba, solían acercarse muchachos sin oficio que rondaban su taller y lo miraban afanarse. Él, mientras cosía y remendaba, charlababa con ellos, hasta que llegó a interesarse por ellos.

Los muchachos son buena gente, y cuando encontraron a alguien que se preocupaba por ellos, aunque fueran unos golfillos sucios y harapientos, se interesaron por él. Poco a poco empezaron a ir por su cuenta a escucharle, y después a imitarle, haciendo trabajos honrados. Él, por su parte, empleó sus ahorros en algo mejor que darse buenos banquetes: dio de comer a aquellos muchachos, que de verdad necesitaban una buena comida.

Con el tiempo abrió una escuela o club para sus amigos harapientos, y al final tuvo una especie de Tropa Scout de muchachos que aprendían

oficios manuales con él, se hacían fuertes con la buena alimentación y, bajo su enseñanza, se convertían en buenos trabajadores que, siguiendo su ejemplo, ahorraban dinero.

Así pudo enviar al mundo un grupo de trabajadores buenos, fuertes y prósperos que, de otro modo, habrían acabado en la ruina.

De aquel pequeño esfuerzo en Portsmouth surgieron, en distintas partes del Reino, escuelas o clubes parecidos para muchachos harapientos.

Así que, con aquel impulso suyo, hizo tanto como muchos otros que han amasado millones.

Cómo un muchacho pobre se hizo rico

—¿Cómo voy a triunfar y llegar a ser importante y rico? Es imposible. ¡No soy más que un muchacho pobre!

Eso me dijo un chaval. Conseguí devolverle una esperanza mayor diciéndole:

—Nada es imposible si te lo propones. Muchos grandes hombres de hoy empezaron siendo muchachos pobres como tú, sin más ayuda que su ingenio y su ánimo.

Entonces le hablé de Sir William Arrol. A los nueve años entró a trabajar en una fábrica de algodón como «taladrador». Algunos años después era aprendiz de herrero.

Trabajó bien y duro, y era muy sensato, así que a los veintitrés años ya era capataz en la sección de calderas de los señores Laidlaw, en Glasgow. Como buen scout, era ahorrador, y tras cinco años en ese empleo había ahorrado ochenta y cinco libras de su sueldo. Con esa suma montó un negocio propio.

Al principio fabricaba calderas y vigas; más tarde, cuando el negocio creció, empezó a construir puentes.

Trabajó en ello con constancia, siempre empeñado en hacerlo bien y sin escatimar esfuerzos.

Al principio se topó con contratiempos y fracasos, pero no se dio por vencido: cuando las cosas pintaban fatal, ponía buena cara y no lo soltaba.

Y al final salía adelante, como le pasa a cualquier hombre que tiene paciencia y no lo suelta.

Se ganó la reputación de trabajar de forma tenaz y seria, y de dar mucho valor por el dinero que se le pagaba.

Por eso consiguió buenos contratos para construir puentes, y pronto amplió su negocio hasta hacerlo muy próspero.

Entre otras obras suyas están el puente del Tay y el puente sobre el Forth, en Escocia.

Murió siendo un hombre rico y muy respetado, pero ni en la cumbre del éxito olvidó que había empezado como un niño pobre, y siempre hizo lo que pudo para ayudar a otros niños pobres a encontrar el camino del éxito.

Aun así, solía decir que el éxito depende sobre todo del propio muchacho. Si un muchacho está decidido a conseguirlo y domina uno o dos oficios, probablemente triunfará. Pero si va de una cosa a otra, pierde el tiempo en diversiones y no persevera cuando la suerte se le pone en contra, ese muchacho será un fracasado y probablemente lo seguirá siendo toda su vida.

El ahorro es cosa de hombres

Como veis, si como scouts aprendéis y ponéis de verdad en práctica lo que enseña el Escultismo, tendréis toda clase de oportunidades de triunf-

ar en la vida, porque os enseña a ser activos y perseverantes, dignos de confianza, fieles a vuestro deber y prósperos, y a aprender oficios manuales.

De hecho, os enseña a «estar preparados» (*N. del T.: en el original, «Be prepared», el lema scout en inglés, que en español se tradujo como «Siempre listos».*) para labraros vosotros mismos una carrera de éxito, siempre que no soltéis vuestro empeño.

En tiempos remotos, el código de los caballeros les ordenaba ser ahorradores, es decir, guardar todo el dinero posible para mantenerse por sí mismos sin ser una carga para los demás y tener más que dar en caridad.

Si eran pobres, no podían pedir dinero y tenían que mantenerse con su propio trabajo.

Por eso el ahorro forma parte de ser un hombre: significa trabajo duro y renunciar a uno mismo. Los muchachos nunca son demasiado jóvenes para trabajar a cambio de una paga, que deben depositar en la Caja Postal de Ahorros o en algún otro valor del Estado.

10. Limpieza



Ley 10. Un scout es limpio en pensamiento, palabra y obra

LOS SCOUTS DECENTES DESPRECIAN A LOS JÓVENES QUE DICEN guarradas, y no se dejan llevar por la tentación de decir ni de hacer nada sucio. Un scout es puro, limpio de mente y varonil.

Cuando los muchachos van creciendo, suelen querer presumir e impresionar a los demás chicos con su «hombría», o al menos con lo que ellos creen que es la hombría.

Normalmente empiezan por fumar. Creen que es lo que se lleva, así que chupan y echan humo de cigarrillos, en parte porque son baratos y en parte porque una pipa los marearía.

La razón por la que la mitad de ellos lo hacen es que son unos cobardes redomados y temen que los demás chicos se rían de ellos si no lo hacen. Se creen unos héroes tremendos, cuando en realidad son unos pobres borregos.

También les gusta decir palabrotas, porque piensan que así parecen tremendamente fieros y mayores. Y creen que contar historias sucias y hablar de guarradas es el colmo de la virilidad.

Pero esas cosas no significan gran cosa para los muchachos que las hacen. Normalmente se achantan y las esconden en cuanto hay un hombre delante. Solo las sacan para hacerse los listos delante de otros chicos. Eso demuestra que no están muy orgullosos de sus hazañas. Y el muchacho que tiene sentido del honor sabe enseguida, por sí mismo, que esas cosas van contra la ley de su conciencia, y no querrá saber nada de ellas.

Eso lo pone en una situación difícil cuando está entre otros chicos que presumen, porque estarán listos para burlarse de él. Pero si tiene honor y valor, les plantará cara con valentía y, como resultado, quedará como el único hombre de verdad del grupo.

Lo más probable es que, aunque en ese momento no lo demuestren, algunos de los otros vean que él tiene razón y ellos no, y reúnan el valor para seguir su ejemplo y ser limpios y honrados.

Si un scout, con su conducta, logra salvar a uno de esos compañeros, ya habrá hecho algo en este mundo.

Pensaréis que no hay ningún peligro en un chiste un poco subido de tono o en fumarse a escondidas un cigarrillo de vez en cuando; que, como mucho, será una tontería. Pero si os paráis a pensarlo, y sobre todo cuando más adelante veáis, como yo he visto, las consecuencias que acarreen cosas así, comprenderéis enseguida el gran daño que hacen y el gran peligro que encierran. Es el principio, y el principio de cualquier cosa suele ser lo más importante.

Si habláis o escucháis cosas indebidas, pronto empezaréis a pensar en cosas indebidas, y muy pronto empezaréis a hacerlas.

Cuando hacéis algo que no haríais delante de vuestro padre o de vuestra madre, os estáis convirtiendo en unos tramposos. Si hacéis esas cosas a escondidas, no sois honrados.

Quien no es honrado desde el principio seguramente seguirá siendo deshonesto el resto de su vida. En lo más hondo de su corazón siempre

sabe que es un granuja, así que nunca se sentirá orgulloso de sí mismo; y los demás lo descubrirán tarde o temprano, de modo que nunca tendrá amigos de verdad ni un buen empleo.

Además, estas cosas le harán daño al cuerpo, sin duda.

El tabaco es un veneno para un chico en edad de crecer. Puede que no le haga demasiado daño si empieza cuando ya es adulto, pero mientras sus músculos todavía se están formando, es casi seguro que le dañará el corazón, los pulmones y la digestión, y probablemente también la vista y los dientes.

Supongo que la mayoría de los muchachos queréis ser buenos corredores y poder practicar todos los deportes, y estoy seguro de que todos los scouts queréis «estar preparados» para ser hombres sanos al servicio de vuestro país.

Pues bien, no podréis serlo si empezáis a fumar de jóvenes.

Como todo lo demás, la bebida empieza poco a poco; pero pronto va a más en el muchacho, a menos que esté alerta para frenarla. Más de la mitad de los delitos que se cometen en Gran Bretaña se deben a la bebida, y también la mayor parte de la pobreza y tres cuartas partes de la locura.

Con los pensamientos sobre las mujeres pasa algo muy parecido: pronto se convierten en malas acciones, y estas, si se repiten, se vuelven hábitos que llevan a muchísimos casos de miseria, enfermedad y demencia.

¡Sed fuertes!

¡Sed hombres! Alejaos de estos peligros.

Si algunos muchachos de vuestro alrededor están metidos en la porquería, dejadlos y marchaos a otra parte. No empecéis a holgazanear, a beber, a decir obscenidades ni a hacer lo que sabéis que está mal. Buscad cosas mejores que hacer: juegos, trabajos manuales, buenas acciones, trabajo.

Así llegaréis a ser personas limpias, honradas y felices; y, lo que es más, hombres.

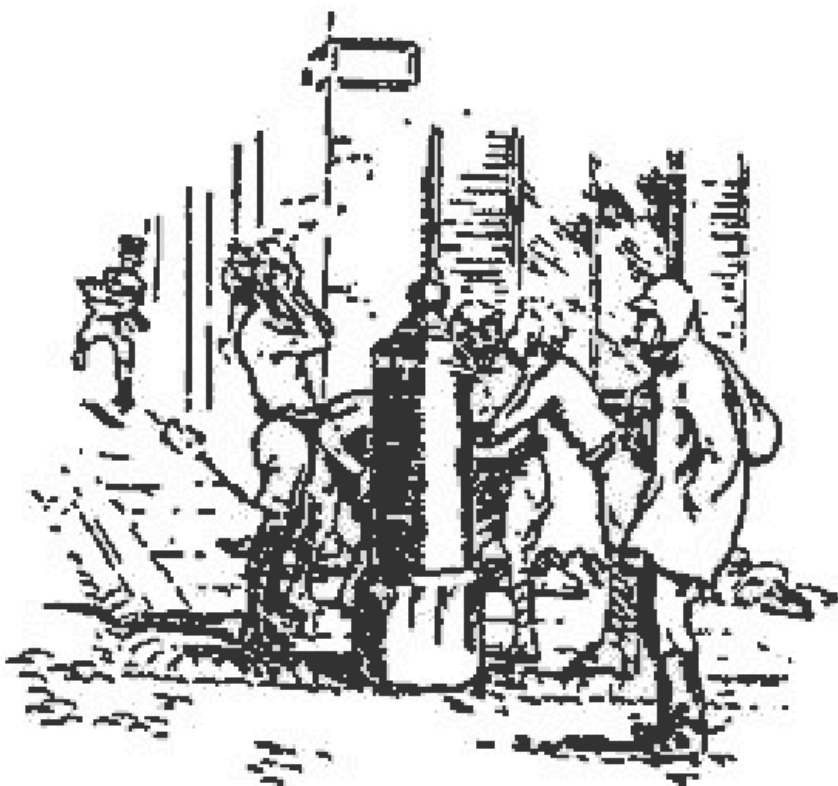
La hombría no es suciedad

No hace mucho hubo cierta polémica sobre algunos teatros de variedades de Londres. Mucha gente estaba disgustada por el lenguaje bajo y sucio, o por las insinuaciones, de algunos de los actores. La mayoría de esos espectáculos, en los que salían mujeres medio desnudas bailando y tratando de parecer guapas, habían venido de otros países y, en realidad, no gustan al británico medio.

Harry Lauder es divertidísimo, pero lo es sin ser indecente, y lo mismo le pasa al famoso cantante Chevalier. Dan Leno nos hacía reír y nunca fue indecente, y por eso él y otros cantantes han tenido tanto éxito.

Hace poco vi una función en la que una mujer medio desnuda salió al escenario a bailar; aunque la habían anunciado a bombo y platillo como la gran atracción del local, la aplaudieron muy poco. Después salió una chica de aspecto alegre, vestida con ropa normal, que se limitó a cantar una balada inglesa, y sin embargo la aplaudieron y la vitorearon tanto que tuvo que salir a cantar una segunda y hasta una tercera vez.

Creo que al británico decente y varonil le gusta un espectáculo limpio; le gusta reírse sanamente o escuchar buena música. Creo que son pocos (y casi todos ellos cobardes y viciosos) los que disfrutan yendo a ver los espectáculos medio indecentes y obscenos que a veces llegan de otros países.



La plaza del mercado de Bailleul, en Francia, en 1916

En 1916 estuve alojado en Bailleul, en Francia, en casa del alcalde, y desde una de sus ventanas hice este dibujo de la plaza. Cuando volví a visitar la ciudad en 1918, había quedado hecha añicos por un fuerte bombardeo. Entre los montones de escombros encontré todavía en pie la misma vieja bomba de agua, y logré situarme donde había estado la casa; pero, aparte de un montón de ruinas, no quedaba nada de ella ni de ninguna de las casas vecinas de alrededor de la plaza del mercado.

La Orden del Baño

Antiguamente, cuando se armaba caballeros a los miembros de la Orden del Baño (*N. del T.: una de las órdenes de caballería inglesas más altas y apreciadas*), estos tomaban un baño como parte de la ceremonia. Durante una visita a Hull me alegró mucho ver que, en un club de muchachos, cada chico se bañaba al llegar.

En la primera sala, nada más entrar en el club, cada uno se quita toda la ropa y la cuelga en una percha preparada para ello. Después pasan a un baño de inmersión y, a continuación, a una sala para secarse. Más allá está el vestuario, donde les dan una camiseta y unos pantalones cortos para llevar esa noche, hasta que llega la hora de ponerse su ropa y volver a casa.

Este baño diario es excelente para mantener a un muchacho sano y fuerte, y la parte más importante es la fricción con la toalla.

Ahora bien, a menudo a un scout le resulta difícil bañarse. A veces en su casa no tiene medios para hacerlo, y en el desierto o en la sabana suele haber muy poca agua. Pero si tiene una toalla, sobre todo si está húmeda, siempre podrá darse una buena fricción con ella y frotarse bien todo el cuerpo. Eso es lo que me gustaría que hicieran todos los scouts cada mañana al despertarse. No solo os mantendrá limpios, sino que os hará mucho más sanos, felices y fuertes, porque limpia la piel y activa la sangre para que corra por las venas y os dé salud.

Así que cada scout debe hacerse con una toalla y darse su fricción todas las mañanas al despertarse.

De la misma manera, cepillaos los dientes con regularidad, todas las mañanas y todas las noches; así evitaréis que se os piquen y os ahorraréis los dolores de muelas.

Escupir

«Caballeros, no escupan; los hombres no deben escupir», decía un aviso que vi en una ciudad americana. Había otro parecido: «Si espera que lo traten como a un caballero, no escupa».

En los vapores que iban a Sudamérica, a los pasajeros ingleses les molestaba a menudo la cantidad de escupitajos que algunos pasajeros extranjeros dejaban en la cubierta.

A uno de los capitanes se le ocurrió una buena idea: ordenó a un marinero que, con una fregona, siguiera a cada uno de esos extranjeros adondequiera que fuese. Cada vez que el extranjero escupía, el marinero pasaba la fregona, y en poco tiempo los extranjeros aprendieron que, si se comportaban como los demás caballeros y no escupían, se libraban de llevar detrás a un criado con una fregona. Así que pronto dejaron aquella sucia costumbre.

Cuando estuve a cargo de un edificio público en Malta, que por las noches vigilaban centinelas malteses, pronto me di cuenta de que no siempre necesitaba hacer rondas para comprobar si estaban alerta: su costumbre constante de escupir me revelaba a la mañana siguiente si habían estado despiertos y por dónde habían andado durante la noche.

Un día encontré el suelo del puesto de uno de ellos completamente limpio y seco, así que lo llamé y lo acusé de haberse ausentado sin permiso. Como no sabía cómo lo había averiguado, confesó que había salido a ver a un amigo, pensando que no había nada de malo en ello, puesto que el lugar estaba bien cerrado y asegurado.

Por suerte, los ingleses no tienen costumbres tan sucias como la de estar siempre escupiendo; pero, aun así, algo de eso se ve por las calles, y aunque sea poco, es algo malo.

No es solo una mala costumbre que resulta desagradable para los demás, sino que además es peligrosa, por lo siguiente:

Muchas personas padecen, sin saberlo, tuberculosis u otras enfermedades de los pulmones. Cuando escupen, esparcen una buena cantidad de pequeños «gérmenes» que, aunque son demasiado pequeños para verlos, pasan al aire y los respiran con facilidad los transeúntes. Esos gérmenes llevan las semillas de la enfermedad, que se plantan en personas sanas y las vuelven «tuberculosas» también.

Por desgracia, a la gente le gusta escupir en los vagones de tren. Hace poco multaron con diez chelines y dos guineas a un hombre al que sorprendieron haciéndolo.

Su excusa fue que tenía mucha tos.

Cualquier scout podría haberle dicho que, además de lo sucio y desagradable de esa costumbre, es muy peligroso para los demás pasajeros que un hombre con mucha tos se deje llevar por ella. Las pequeñas semillas de la enfermedad quedan sueltas y pueden entrar en la garganta y los pulmones de otras personas, y quizá traerles la enfermedad o la muerte.

La guerra contra la tuberculosis

Cada año mueren sesenta mil personas en Gran Bretaña a causa de la tuberculosis.

Una de cada ocho muertes se debe a la tuberculosis.

Doscientas cincuenta mil personas, una de cada doscientas, tienen la enfermedad.

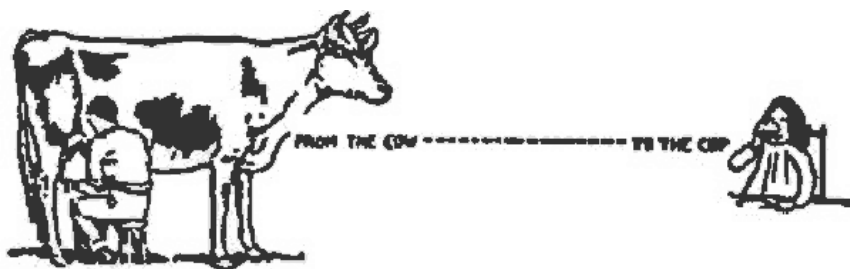
La tuberculosis se contagia por descuido o por ignorancia, al respirar los gérmenes o al beberlos con la leche.

Aquí tenéis unas reglas sencillas que, si las seguís, os ayudarán a no contagiaros:

1. Vivid mucho al aire libre.
2. Dormid con la ventana abierta.
3. Respirad por la nariz.
4. Si bebéis leche, aseguraos de que sea pura.
5. Mantened sana la sangre con ejercicio y con una alimentación buena y sencilla.
6. Mantened vuestra casa limpia y bien ventilada.
7. No descuidéis nunca un resfriado.

Muchas vacas tienen los gérmenes, o semillas, y los transmiten con su leche.

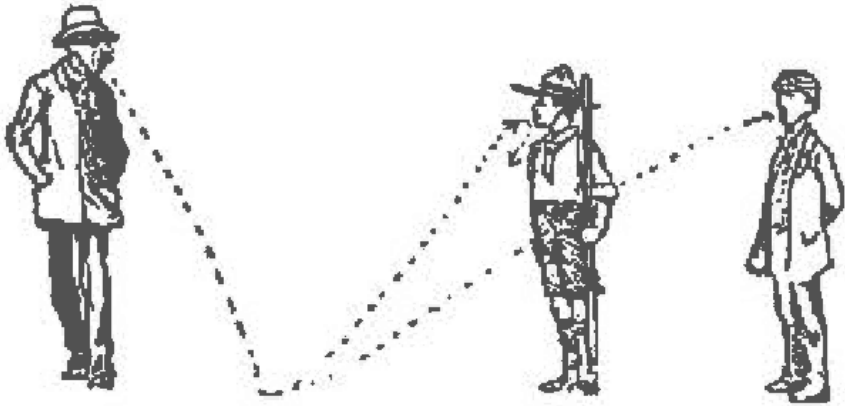
Por eso la leche debe «esterilizarse», es decir, calentarse lo suficiente para que los gérmenes mueran antes de beberla.



De la vaca a la taza. No bebáis la leche directamente de la vaca, porque muchos de estos animales tienen los gérmenes de la tuberculosis.

También hay muchas personas que llevan dentro los gérmenes de la tuberculosis aunque todavía no estén enfermas. Tarde o temprano lo estarán, y esparcen gérmenes cada vez que tosen o escupen.

Cómo se contagia la tuberculosis



Un hombre escupe y los gérmenes suben por el aire. Intentan entrar en un chico que respira por la nariz, pero salen despedidos. Entonces intentan entrar en otro chico que respira con la boca abierta, y así llegan a sus pulmones.

Estos gérmenes vuelan por el aire con el polvo y entran en la boca de otras personas, y de ahí en sus pulmones, si esas personas llevan la boca entreabierta. Si respiran solo por la nariz, como espero que hagan todos los scouts, hay menos probabilidades de que los gérmenes lleguen a los pulmones, porque quedan atrapados en la mucosidad pegajosa de las fosas nasales y se expulsan al sonarse.

Lo mismo ocurre con otras enfermedades, además de la tuberculosis.

Un misionero scout puede moverse entre personas enfermas de resfriado, sarampión y otras enfermedades si respira solo por la nariz. Todas las enfermedades «contagiosas» se propagan por gérmenes que vuelan de una persona a otra.

Los gérmenes de la tuberculosis que entran en vosotros van a los pulmones, que son como grandes esponjas a través de las cuales la sangre recibe el aire que necesita para mantenerse sana. Los gérmenes de la tuberculosis consumen los pulmones.

Este pequeño y desagradable germen prospera en el polvo y en el aire oscuro y húmedo, así que se agarra con fuerza incluso a personas sanas en habitaciones oscuras y sucias, donde no se abren las ventanas.

El aire fresco, la luz del sol y la limpieza matan los gérmenes.

Ahora que sabéis lo que es la tuberculosis, haríais una buena acción si se lo explicáis a otras personas.

Quiero que todos los scouts que lean esto se lo expliquen por lo menos a cinco personas. Así podrían salvar vidas.